

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 16

50 Cents.



Echea

Acaba de terminarse la monumental

HISTORIA DEL ARTE

EN TODOS LOS TIEMPOS Y PUEBLOS

por

KARL WOERMANN

No es posible dar al público idea, ni siquiera aproximada, de lo que es una obra como nuestra edición de la famosísima HISTORIA DEL ARTE, de Woermann, en unas cuantas palabras que el lector ha de mirar distraídamente, porque confunde en un mismo escepticismo indiferente todos los elogios de cuanto huele a «suelto de contaduría». No dicen ya nada los epítetos encomiásticos, a la vez lustrosos y deslustrados, como prendas mostrencas vestidas y sobadas por cada cual.

Nada podrá sugerir al lector una imagen tan convincente como el hojear uno tras otro los seis volúmenes de nuestra edición, y palpar, ver, sentir la riqueza, el esfuerzo, la utilidad, el encanto que suponen tantos miles de obras de Arte descritas, estudiadas y REPRODUCIDAS en las cinco mil páginas que esta obra formidable contiene.

Por eso no pretendemos que este anuncio sea exposición de méritos con ánimo de convencer a los lectores para que adquieran la obra: deseamos solamente que sea un ruego razonado al público para que busque la obra y la examine. Esto nos basta, porque sabemos lo que sucederá a toda persona cultivada que contemple la edición española de esta obra incomparable.

LA OBRA. A los peritos, nada hay que decirles. Se trata de la HISTORIA DEL ARTE de Woermann. Y ya saben lo que eso significa. A los no especialmente versados les diremos que Woermann es la máxima autoridad en el país de la máxima ciencia.

LA EDICIÓN ESPAÑOLA. Evitemos adjetivos. Enumeremos hechos solamente. Nuestra edición contiene más del doble de las ilustraciones contenidas en la edición alemana.

Damos, pues, ese mismo libro de ciencia, célebre en todo el mundo; ese guía siempre enterado, siempre ordenado, siempre claro y seguro; esa enciclopedia de Arte, arsenal inagotable, archivo copioso y completísimo, donde de cada cuadro de Madrid, de La Haya, de Amberes, de Leningrado; de cada escultura de Atenas, de Munich, de París, de Florencia; de cada monumento de Italia, del Japón, de Rusia, de Inglaterra, de España, de la India, encontrará la nota justa, la apreciación exacta, la referencia cabal. Damos, sí, todo eso que ha sido la razón del éxito y del prestigio de la edición alemana; pero nosotros a todo eso le hemos añadido la fotografía de muchísimos de esos cuadros, de muchísimas de esas esculturas, de muchísimos de esos monumentos, reuniendo un conjunto de asombrosa riqueza no igualado por ninguna otra obra similar del mundo entero. Nuestra edición es un alarde honroso para el país donde se ha hecho; es como síntesis de todos los museos, como guía ilustrada de todos los viajes.

Woermann abarca en su obra todos los aspectos del Arte, incluso los novísimos, y por supuesto los del Arte español, que conoce por visión directa y que le inspira particular entusiasmo. Pero Woermann es alemán, y obedece a la ley invariable que impulsa a los autores a dedicar preferente atención y mayor espacio al arte de su país.

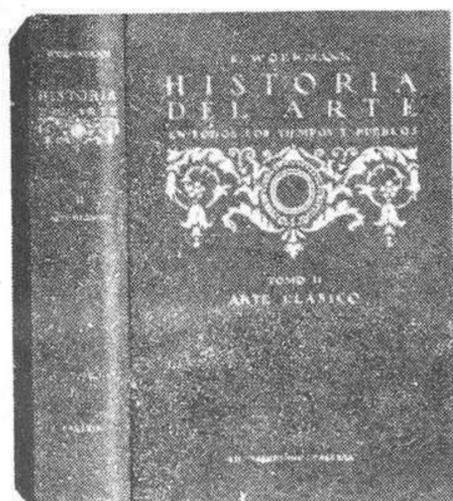
En nuestra edición, el mismo Woermann ha condensado, a ruego nuestro, ciertos estudios relativos principalmente a los aspectos menos interesantes del arte alemán, y nosotros hemos llenado ese espacio —y muchísimo más— con tres capítulos especiales sobre la Arquitectura, la Pintura y la Escultura en España durante el siglo XIX y los años transcurridos del XX. Estos capítulos no sólo son nuevos en la HISTORIA DEL ARTE de Woermann, sino que son el primer estudio de conjunto publicado sobre el Arte español moderno y contemporáneo. Su ilustración en esta parte, más rica que en ninguna otra de la obra, es colección única también, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de las obras reproducidas.

Con igual largueza y con no menos esmerada selección hemos añadido todo cuanto más importante y señalado ha producido el arte francés nuevo y novísimo y muestras suficientes de los otros países. No podemos menos de repetir aquí al lector que no se atenga a nuestras palabras: que juzgue por sí mismo examinando la obra. **En todas las librerías importantes puede encontrarla. Desde pueblos donde no la hubiese se nos puede pedir, y nosotros enviaremos con el mayor gusto un tomo de muestra sin compromiso de adquirirla.**

Lo indicado son ejemplos, que no enumeración completa de las mejoras introducidas en nuestra edición. En ella encontrará el lector incesantemente notas aclaratorias, información española complementaria, apéndices especiales, como el que en el tomo I se dedica al Arte rupestre en España, o el que en el tomo II se ocupa de la Arquitectura romano-española, etc., etc.

LAS ENCUADERNACIONES. La HISTORIA DEL ARTE de Woermann es la obra para todos. Ninguna otra puede más indiscutiblemente blasonar de serlo. Pero entre todos hay gustos dispares y apreciaciones distintas. Por eso hemos hecho de la obra tres distintas encuadernaciones, orientadas hacia sendos grupos de lectores. Todas son finas, selectas, dignas de la obra incomparable que cobijan. Sus precios se acomodan también a una escala gradual; y todos son asequibles a cualquier presupuesto, ya que cualquiera de las tres ediciones se vende a plazos en condiciones cuya comodidad apreciará quien solicite el prospecto especial que remitimos gratis.

ENCUADERNACIÓN
EN TELA INGLESA
CON ESTAMPACIÓN EN ORO

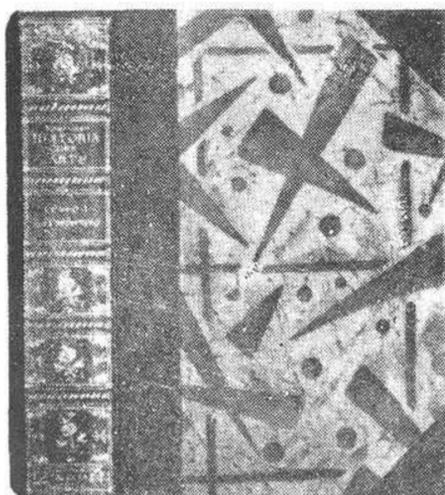


Elegante, sólida, barata,

esta encuadernación en tela es la adecuada para quienes necesitan armonizar su deseo de adquirir obra tan monumental con las exigencias de un presupuesto reducido.

Precio al contado:
PESETAS 250 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 275 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN MEDIO CHAGRÍN

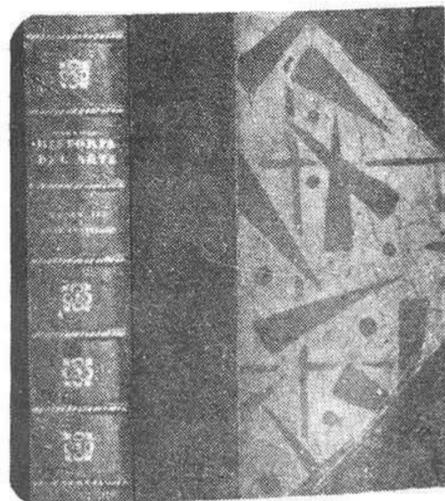


Encuadernación de lujo

con planchas inspiradas en el insuperable arte del libro en el siglo XVIII. Quien adquiera esta encuadernación comprará a la vez la mejor Historia del Arte y una rica obra de arte.

Precio al contado:
PESETAS 300 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 350 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN CHAGRÍN FINO



La encuadernación de bibliófilo.

Suntuosa y señorial. Ornato de una biblioteca, esta edición da tono y carácter a un despacho como una serie de viejos grabados auténticos o de magníficas porcelanas.

Precio al contado:
PESETAS 350 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 400 PESETAS

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL

NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm. XVI.

Miércoles 9 Diciembre 1925

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRIPCIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.

visitas
de mujer



Cristina Navarro



En el salón en que espero a la señorita de Casa Davalillos, mi vista tropieza con un retrato del Rey, en marco de plata repujada; hay, al pie de la fotografía del monarca, una dedicatoria que dice así:

«A Felipe Navarro, recuerdo de siete años de ayudante, deseándole suerte y salud.»

ALFONSO XIII.—1924.

Enfrente de mí, un cuadro curiosísimo: es un retrato de Isabel II, niña, pintado por Ruiz de la Cruz.

En otro testero, un retrato de caballero del siglo XVII; le contemplo y...

—Es el primer barón de Casa Davalillos —dice una voz clara y bien timbrada.

La esbelta figura de Cristina Navarro se ha encuadrado en el marco de la puerta. Se sienta junto a mí, tras de saludarme con la inefable cordialidad que la caracteriza; vuelvo al tema de los cuadros, y pregunto:

—¿Y aquel retrato, también es el de algún antepasado?

—Es el primer conde del Asalto, antepasado nuestro y de los Cedillo, los Borghetto, los Argüeso, etc., etc... Ganó el título por su defensa heroica, en La Habana, del castillo del Morro, contra el asalto de los ingleses. Bueno, en esto de los nombres y de la genealogía de mi familia, no me haga usted mucho caso; tengo una memoria fatal, y, además, si he de serle franca, mis antepasados me tienen bastante sin cuidado; no tengo más orgullo que el de ser hija de mi padre; sus méritos son, para mí, nuestra verdadera aristocracia...

Mientras habla, la examino con interés; en su mirada, clara y profunda, en la fineza de su perfil, en el pliegue suave de su boca, se refleja la seriedad prematura de la muchacha que ha presenciado muchos sufrimientos y conoce bien la vida, puesto que la conoce por el aspecto del dolor.

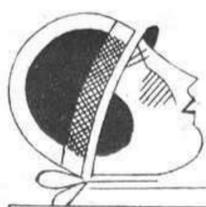
—¿Ha sido usted enfermera mucho tiempo? —pregunto.

—Unos meses, de agosto de 1921 a enero de 1922.

—¿Dónde?

—Estudí en Ceuta, luego estuve, con Carmen Victoria, en el hospital de Melilla.

—Sé que usted ha sido una enfermera «de verdad» con



sinceridad y abnegación reales, nada frecuentes en las muchachas de su edad... y de su rango.

Se apresura vivamente a desviar esta observación, que está, por supuesto, muy por debajo de la realidad.

—Las que son verdaderamente abnegadas —declara— son muchas señoras de Melilla, de quienes nadie se acuerda, aunque merecen ser admiradas como pocas. He tenido, sobre todo, dos compañeras meritísimas; ambas son huérfanas de militares; para engrosar un poco el módico rendimiento de la pensión, una es telegrafista; la otra, en unión de una hermana suya, tiene una modestísima escuela. Pues bien: tanto una como otra dedican al hospital todo el tiempo que tienen libre, en lugar de aprovechar estas horas para descansar de las fatigas de sus respectivos trabajos. Y esto, no durante unos meses, sino todo el año.

Añade:

—Más aún: cuando el hospital en que estábamos quedó para enfermos y se llevaron a otro a todos los heridos, Carmen Victoria nos reunió a todas; nos expuso que sobraba personal para los heridos, mientras que, para los enfermos, faltaba; y aun cuando no teníamos ninguna obligación para ello, nos preguntó si alguna consentía en quedarse. Pues bien: tres aceptaron, y de ellas, dos eran las señoritas de quienes le hablo.

—¿Y la tercera?

Confiesa, quitándole toda importancia:

—La tercera, yo.

—Por lo visto, ¿es menos triste cuidar heridos que enfermos?

—¡Oh! ¡No se puede comparar! Un hospital de enfermos es... un verdadero hospital. Un hospital de heridos es, por el contrario, algo muy alegre.

Ante mi aire de duda, insiste:

—Sí, alegre de verdad, créalo. Fuera del instante preciso de las curas y de algunos momentos de sufrimiento físico, todos estos pobres muchachos son encantadores. Y se encuentran tan contentos con nuestros cuidados, que no saben ni cómo expresar su agradecimiento. Puedo decir que, para mí, eran otros tantos hijos míos.

—¿Habrá usted presenciado horrores?

—Algunos, sí, como es natural; recuerdo, por ejemplo, a un pobre muchacho a quien una granada le llevó la mitad de la cara.

—¿Y no murió?

—No solamente no murió, sino que tan maravillosamente le injertaron trozos de carne, que quedó... Mire usted.

Y me enseña un retrato cuya dedicatoria va firmada: «Un legionario agradecido».

—En efecto —confirmando—, es extraordinario; salvo las cicatrices, nadie adivinaría lo que le sucedió. Lo más terrible serán las amputaciones, ¿no?

—Ahora se hacen poquitas.

—¿Y peligros de enfermedades o de otra índole?

—De enfermedades, sí había, y a todas nos pusieron el suero antitífico; Mimí Merry del Val, sobrina de nuestro embajador en Londres, cogió unas fiebres palúdicas terribles. En cuanto a los otros peligros, los corríamos cuando íbamos a buscar convoyes cerca del campo de batalla; muchas veces estos convoyes eran atacados; pero a mí no me pasó nunca nada.

—¿Trabajaba usted mucho?

—Claro está; cada una teníamos a nuestro cargo, y bajo nuestra responsabilidad, una sala con nueve camas..., y yo tenía puesto todo mi amor propio en tenerlo siempre todo muy limpio y muy reluciente.

—Cuénteme alguna anécdota que le haya sucedido —suplico.

—Recuerdo una que, a la vez, me hizo gracia y me enterneció. Me hallaba, un día, fregando la vajilla en el patio del hospital, cuando salió llorando un pobre viejo, padre de un herido, que acababa de ver a su hijo en grave estado. Yo le consolé como pude, asegurándole que su hijo se salvaría y él se serenó; pero, de repente, se echó de nuevo a llorar más fuerte que antes. «Pero es que no me cree usted? —pregunté sorprendida.» Y él: «¡Si ahora no lloro por eso! —exclamó—. ¡Lloro por ver a la hija de un general fregando platos!»

—Y ¿cuál es su peor recuerdo de la campaña?

—La toma de Monte-Arruit, a pesar de que, respecto a mi padre, aquello casi nos tranquilizaba; la idea de que tantos sufrimientos fueran vanos, y que, al fin, había caído la plaza, fué para mí algo espantoso; aquello no es solamente

el peor recuerdo que tengo de la campaña, sino quizá de toda mi vida.

En este momento advierto con desesperación que ya ha transcurrido el tiempo que normalmente se dedica a una entrevista, embelesada con la conversación interesantísima de mi simpática y gentil interlocutora, no le he preguntado nada acerca de su vida de sociedad, sus lecturas y deportes, la profesión que más la atrae...

Pero ella sonríe y me tranquiliza.

—Lo de la profesión, pronto lo puedo constatar: lo que más me interesa son las enfermedades de los ojos; he cuidado muchas allí, y si me tuviera que ganar la vida no vacilaría en hacerme oculista.

En cuanto a la vida de sociedad, puedo decir que hasta ahora casi no he hecho ninguna;

usted calcule, hemos vivido siempre en el aire: una vez en un sitio, otra en otro, siguiendo siempre a papá; tanto es así, que siempre que paso una temporada en Madrid, los primeros tiempos —acabamos de llegar— me encuentro descontentada. Pero, ya mi padre vuelve a ser ayudante de Su Majestad, y estamos aquí fijos.

—¿Tendrá usted odio a los viajes?

—Eso no; conozco tan bien o mejor que España, todo Marruecos; pero me gustaría ir a Egipto..., y a la India.

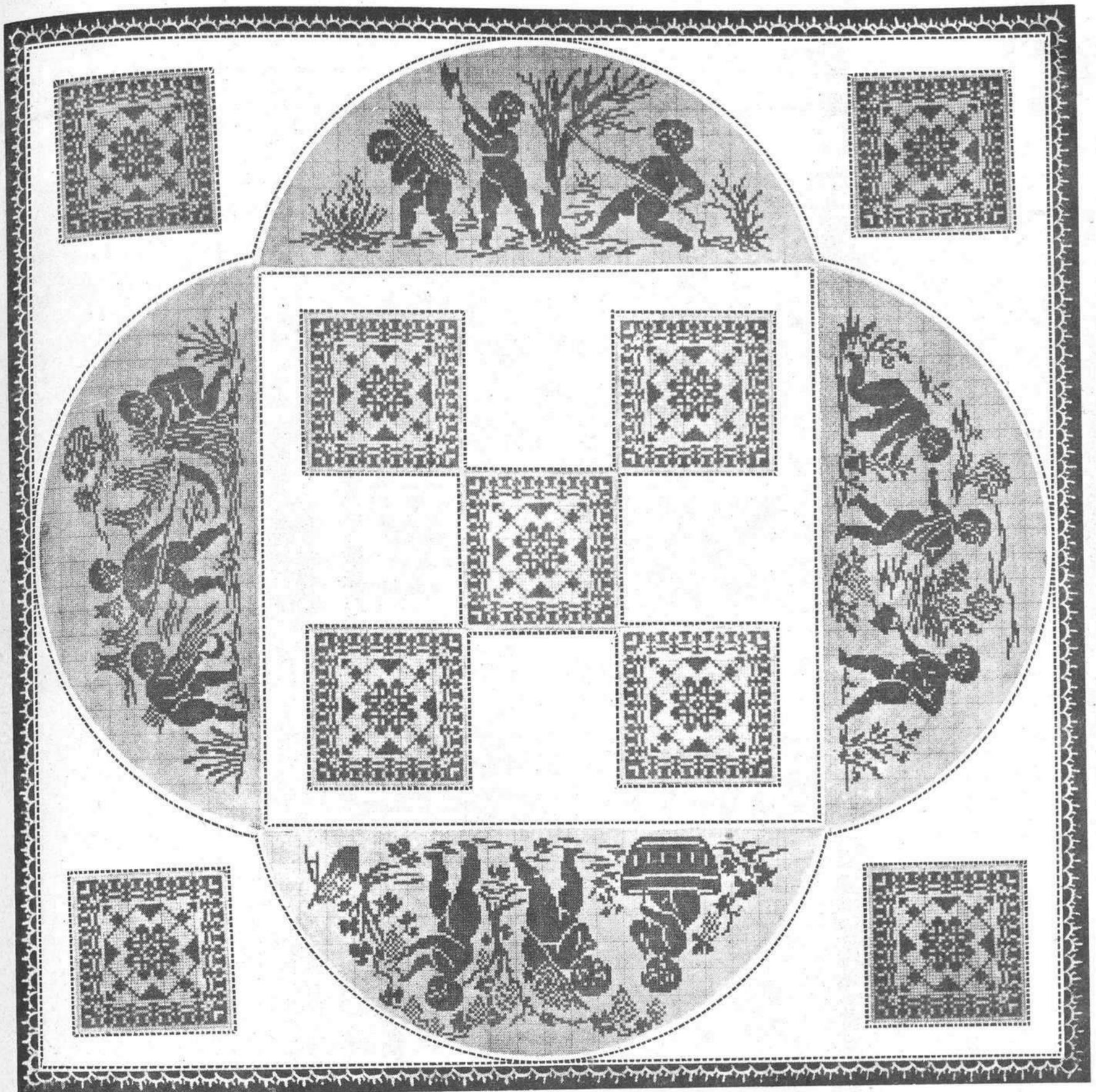
Añade:

—Por ahora quiero recobrar, volver a ser una muchacha como las demás: ir al teatro, en sociedad...

Habla alegre, animadamente; pero no sé por qué —¿sugestión?, ¿realidad?— me parece que en el fondo de su mirada, clara y profunda, persiste la seriedad prematura de la muchacha que conoce la vida, porque su piedad, su abnegación, han amasado su alma con el dolor de los demás.



Un grupo de señoritas enfermeras, en el hospital de la Cruz Roja, de Melilla. (Primer término, a la derecha, sentada, la señorita Cristina de Casa Davalillos.)



LA MANTELERÍA

En esta página damos un modelo de mantel con malla bordada, y en la página siguiente la reproducción de los diversos motivos que componen el bordado.

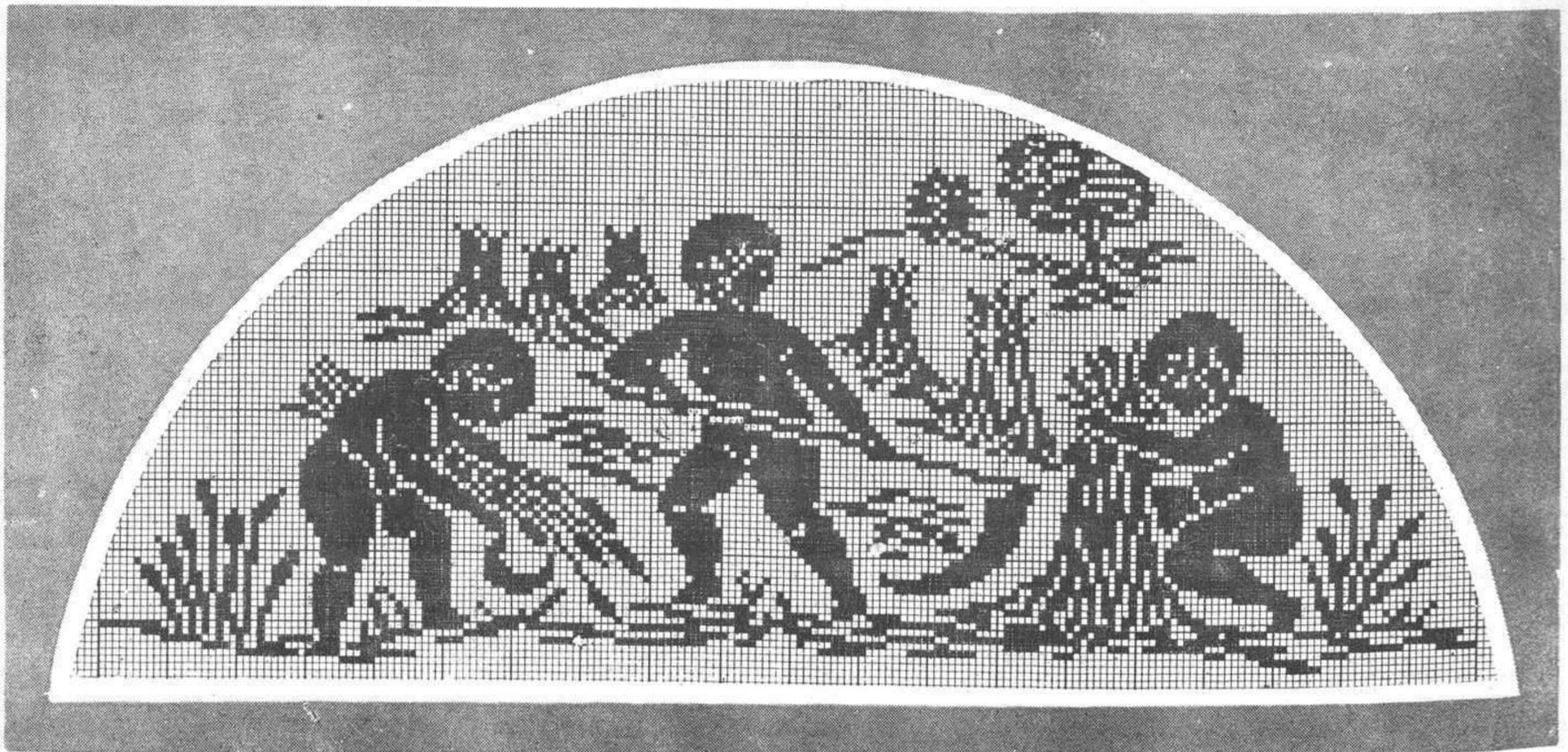
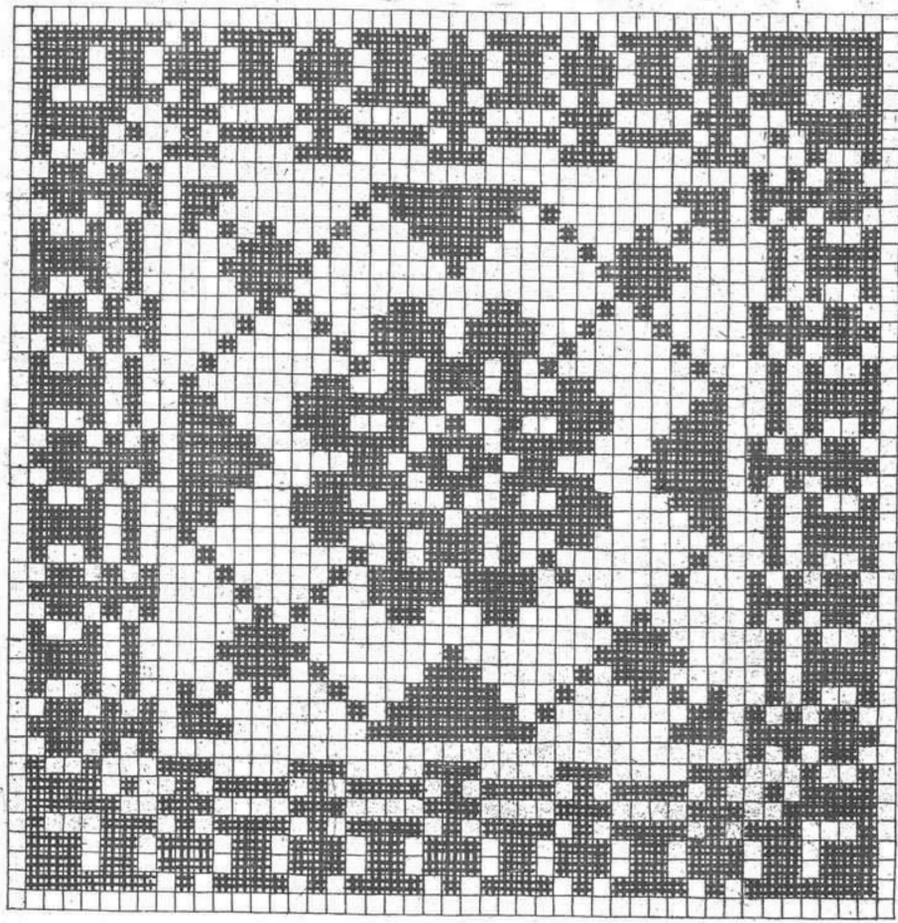
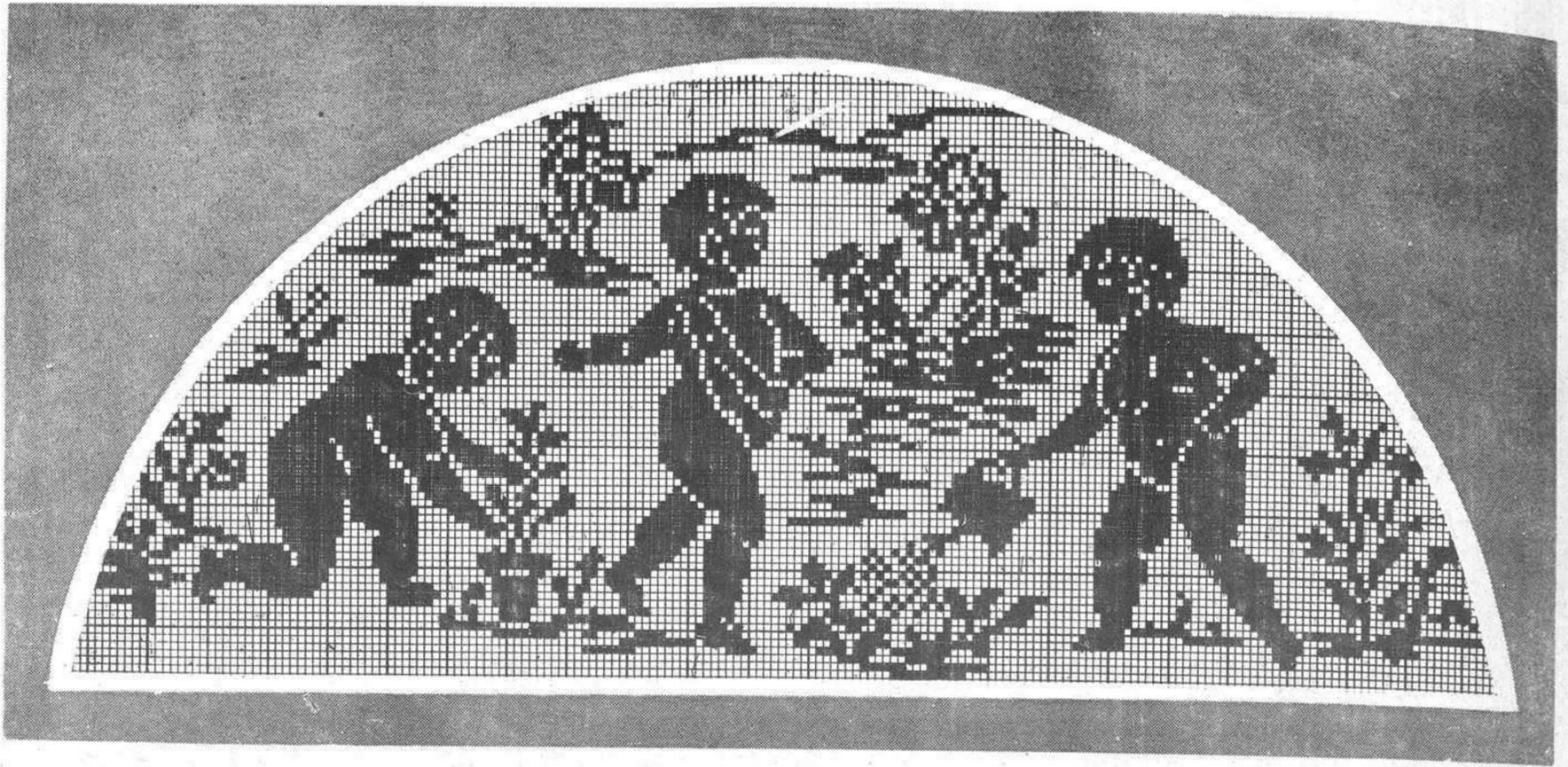
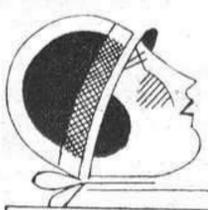
El lujo de la mantelería es uno de los más refinados que existen. Nada da más lustre a una recepción que una mesa servida con elegancia; y, para ello, el encaje colocado sobre un fondo de raso rosa, «melocotón» o anaranjado, no tiene rival. Se ha intentado sustituirle, y la temporada pasada hemos visto mesas cubiertas con *tissú* de plata o de oro. El contacto del metal resulta desagradable; y este lujo es tanto más extravagante cuanto que un mantel de *lamé* sólo sirve una vez o dos. Algunas amas de casa han remediado estos inconvenientes colocando el *tissú* de oro o de plata deslucido debajo del mantel de encaje, lo cual resulta ya más bonito y menos absurdo.

El mantel del desayuno, que se había abandonado, reaparece. Todavía en muchas casas, el desayuno se sirve sobre la mesa desnuda, con un pañito redondo o cuadrado debajo de cada plato. He visto, para diario, pañitos sencillos, de lienzo de hilo de color, con un jaretón a vainica, que ofrecían un aspecto encantador; se hacen

en azul *nattier*, rosa, amarillo maíz, etc. La doncella lava estos mantelillos en casa, y, en estos tiempos de carestía, esta economía es de apreciar. Conozco una casa elegantísima donde las servilletas son del mismo color que los pañitos.

Una de las principales dificultades de este sistema estriba en la mesa en sí. El tenerla siempre bien barnizada es cosa ardua, que solamente se logra a fuerza de cuidados. Por este motivo se tiende al empleo del mantel de color, pero de color liso, mucho menos vulgar que el mantel con dibujos. Las servilletas deben hacer juego, y así el conjunto es encantador.

Por la noche, triunfa el mantel de encajes, y entre éstos los predilectos son: el encaje de Milán y la malla bordada. El encaje de Venecia, antes tan estimado, nos resulta hoy algo rudo, y le vencen los *fls tirés*. ¡Cuántas maravillas se realizan con esta última labor! Creo que se ha llegado al colmo del arte y que ya no es posible lograr ningún mejoramiento.





MONINA

NOVELA

POR

CY P

(Continuación.)

ñarme una ñoñería de canción que estoy aprendiendo?

—¿Qué canción?

—¡Ay...! ¡Chiquita! Muy grotesca, ¿verdad? Pero tenemos un antiguo amigo a quien le gusta mucho, y que me ha pedido que se la cante.

—¡Caramba! ¡Ay...! ¡Chiquita! No es nada grotesca; se ha hecho pesada, pero nada más.

Y añadió, mirando la música:

—Pero la canta usted en un tono muy alto. ¡Ya decía yo...!

—Sí, la canto muy alto; lo que todavía hace más feo. Quisiera tener voz gruesa. ¡Son tan bonitas esas voces! Pero me fastidio, que no la tengo.

—Son muy raras, pero las hay.

—No he oído nunca ninguna —dice Monina.

—Pues puede oír una cuando quiera.

—¿Dónde?

—En el teatro Pont-sur-Loire, sencillamente. A la señorita Liseta Renaud, cantante de mucho talento, muy bonita, que trabaja admirablemente.

—¿Tiene buena voz?

—Muy hermosa. Tres veces, por término medio, la oigo todas las semanas, sin contar los ensayos, y no me canso nunca.

—¿Sabe usted si cantaría aquí alguna noche?

—En Pont-sur-Loire, sí; canta algunas veces fuera del teatro.

—Voy a pedir a la abuela que la traiga. ¿Dónde vive?

—Calle de Rabelais; no me acuerdo del número, pero no importa, es muy conocida.

Después de un momento de silencio, prosiguió el músico:

—¿Por qué no va usted a oírla al teatro? La gustaría más.

—Porque mi abuela no quiere.

—Ya sé que en Pont-sur-Loire la alta sociedad no va al teatro...; está mal visto. Sin embargo, hay circunstancias..., por ejemplo, dentro de quince días habrá una representación a beneficio de los heridos, organizada por las Damas de Francia. Irá todo el mundo.

—¿Representarán cosas decentes?

—Sí; alguna ópera cómica, trozos sueltos... Estoy seguro de que cantará Liseta; es lo mejor de nuestro teatro.

—¿No bebe usted, señor Silvestre?

Monina se acercó a la bandeja que acababan de traer, y sirvió al joven un vaso que se empañó al contacto de la bebida helada.

—¿No estará usted muy acalorado para beber esta limonada tan fría?

Tomó el vaso con mano temblona y se quedó con el brazo extendido, y boquiabierto, contemplando a Dionisia con admiración apasionada.

Entonces ella le dijo, sonriendo:

—Señor Silvestre, ¿aún estamos así?

Más encarnado aún, bebióse toda la limonada de un sólo trago, y se precipitó al piano.

—Empecemos, señorita; empecemos.

Tocó el breve estribillo de la romanza vacilando, como si sus dedos no quisieran obedecer. Era aquello tan visible que Monina le preguntó:

—¿Qué le pasa? No está usted en vena hoy.

—Es que..., señorita, es el calor.

Un poco miope y no sirviéndose nunca de lentes, la joven se inclinaba por encima de

él para leer rozando a veces con su busto las mejillas y los cabellos del músico, cuya turbación aumentaba por momentos. Se le enturbiaba la vista, los dedos, flojos, resbalaban entre las teclas, y Monina repitió, sorprendida.

—Decididamente, hoy no está usted en condiciones.

—Perdóneme, señorita...; yo... no sé lo que me pasa.

—Tampoco lo sé yo —le contestó riendo.

Y como se levantara del piano, ella le obligó a sentarse de nuevo.

—No, no; si le parece, estudiaré otras dos o tres canciones antiguas.

Y empezó de nuevo a descifrar, inclinándose para leer mejor, en tanto que, muy pálido, húmedas las manos y zumbándole los oídos, el pobre hombre la seguía a duras penas.

Transcurrida la hora, Monina fué por el sombrero a su cuarto y vino a ponérselo delante del espejo del saloncito.

Y como el señor Silvestre, en vez de guardar el violín en la caja, se quedase mirándola levantar los brazos y arquear el talle ondulante en un movimiento lleno de gracia, le dijo:

—Dése usted prisa, que le llevamos a Pont-sur-Loire. Mejor dicho, le lleva en su *mail* el señor de Clagny, un amigo nuestro.

Viendo que no comprendía, añadió:

—Un coche muy grande, donde cabe mucha gente.

—¿Vendrá usted también? —preguntó desatinado.

—Sí, señor Silvestre; yo también voy.

Sacó el maestro de su caja un ramo de miosotis y rosas de seto, que inclinaban sus minúsculos pétalos ya marchitos, y ofreciéndolo tímidamente a Monina, le dijo:

—En el camino, señorita, me he permitido coger estas flores... para usted.

Las tomó ella, y después de aspirar intensamente su perfume, se las prendió en la cintura.

—Le agradezco que se haya acordado de mí.

Bajó detrás de Monina, paso a paso, feliz, completamente olvidado de su miseria; y cuando, a brinquitos tras ella, con su violín en la mano, apareció en el salón, el señor de Clagny dijo a Juan de Blaye.

—¡Verdad que tiene una cabeza extraordinaria el tal músico!

El *mail* acababa de llegar a la escalinata, y la marquesa llamó:

—¡Monina!... Tengo un encargo que darte. Irás a casa de Pellesin, el librero, y le pedirás... y si no, nada; que venga Pedrito...

—Pedrito —dijo Dionisia entrando en el vestíbulo—, la abuela te llama.

El muchacho hizo un gesto.

—Apostaría que es para algún encargo... y los encargos no son mi fuerte.

Y mientras Monina y los demás se encaramaban en el *mail*, se dirigió adonde estaba la señora de Bracieux.

—¿Me llamaba usted, tía?

—Sí. Vas a ir a casa de Pellesin. ¿Sabes quién es?

—¿El librero?...

—Sí; y le pides de mi parte una novela de Dumas, que se llama: *El bastardo de Mauleón*... ¿Por qué me miras con esa cara de asombro?

—Porque nunca la he visto leer novelas..., y...

—Tampoco me verás leer ésta. Es para el cura, a quien se la he prometido. Le gusta mucho Dumas y no conoce *El bastardo de Mauleón*... ¿Te acordarás bien del título?

—Sí, tía.



—¿Estás seguro?... ¿Quiéres que te lo escriba?...

—No merece la pena.

—¿Lo olvidarás?...

—No tenga cuidado.

Y se lanzó con la cabeza baja hacia el *mail*, repartiendo pisotones y a punto de desfondar la caja del violín del señor Silvestre.

—¡Demonio, por poco le hago trizas el ataúd! —dijo disculpándose.

XI

Siempre la primera en levantarse, Monina bajaba hacia las siete de la mañana a dar su acostumbrada vuelta de ama de casa por la antecocina y lechería.

Nunca encontraba a nadie por los corredores, excepto algunas veces a Pedrito, con los ojos hinchados de sueño; y esta mañana se llenó de asombro al tropezarse el señor de Rueille, que salía de la biblioteca con un libro en la mano. Como era de todos los habitantes de Bracieux el más perezoso, le preguntó riendo:

—¿Qué... ya ha concluido usted de dormir?

—Diga mejor que no he empezado.

—¡Bah!...

—No. Y como me tengo leídos todos los libracos de allá arriba, he venido a tomar otro para acabar mi noche.

Monina indicó el sol que entraba a raudales por la abierta ventana.

—¡Su noche!...

—Para mí siempre es de noche hasta las diez de la mañana por lo menos, salvo en caso de salir de caza o de viaje.

—¿Y piensa usted volver a meterse en la cama?

—Inmediatamente.

—¡Qué locura!

—Al contrario; nada más cuerdo, sobre todo cuando no se está de buen humor. En tal caso, lo mejor es meterse debajo de la tierra.

—¡No está usted de buen humor!...

—¡No!

—¿Pues eso?

Pablo de Rueille vaciló un momento:

—No lo sé.

—La verdad es —dijo riendo Monina—, que ayer, en nuestra excursión a Pont-sur-Loire no estuvo usted muy amable.

—Por culpa suya.

—¡Mia!

—De usted.

—¿Pues cómo?

—Se lo diré si quiere.

—Sí, quiero. Pero no ahora, que me aguardan en la lechería.

—¿Quién? —preguntó inquieto.

Sin observar su nerviosidad, respondió Monina:

—La vaquera.

El señor de Rueille dijo, un poco picado:

—En tal caso vaya de prisa; que la vaquera no aguarde por mí.

—Venga usted a ver los quesos conmigo —propuso la joven.

—¡Cosa muy divertida! No por cierto. ¿No le da a usted miedo, Monina, de que me divierta demasiado?

—Por lo menos se divertirá tanto como en la cama, leyendo esos librotos viejos que se debe saber de memoria. Estoy seguro de ello. En la biblioteca no hay más que clásicos o libros viejos que nadie ha leído. Desde que estoy en esta casa no ha entrado un libro nuevo, ni en la calle de la Universidad, ni en Bracieux. Tiene miedo la abuela de que yo meta en ellos las narices. Y en eso se equivoca, porque no abriré nunca un libro que se me prohíba. Nunca.

—La abuela teme que haga usted lo que cualquier otra muchacha, sin tener en cuenta que Monina es una verdadera excepción.

—Sí, soy una excepción, un ángel, lo que usted quiera. Pero venga conmigo, o déjeme marchar, lo que prefiera. No me gusta hacerme esperar.

El señor de Rueille dejó el libro encima de un mueble, y dijo:

—Como usted quiera. La acompañaré.

Siguió, sin hablar, a Monina, que trotaba delante de él. Estaba tan simpática, yendo y viniendo entre los grandes cubos llenos de leche, con su sombrero de paja, adornado de puntillas, puesto al desgaire el rubio pelo, y su peinadorcito de batista rosa, recogido muy arriba con un grueso alfiler de plata, estilo nodriza.

Cuando hubo acaba-

do de revisar, ordenar y disponer todas las cosas sin acordarse para nada de su primo, como si no existiera, se volvió hacia él, diciéndole, risueña:

—Ahora, si a usted le parece que nos paseemos, estoy a sus órdenes.

Y dando la vuelta hacia uno de los paseos que conducían a las avenidas, añadió:

—Ya le escucho.

—¿Me escucha?... ¿Qué quiere que la diga?

—Creí que iba a contarme la causa de su mal humor ayer tarde..., y por qué tenía yo la culpa.

—Pues porque tenía usted..., en fin; porque sus modales, su manera de ser... no eran las de costumbre..., ni las debidas.

—¡Sí!..., pues ¿qué hice?

—Por el pronto, insistir de un modo singular para que Bernés subiera al *mail* cuando le encontramos en el camino. ¿Por qué aquella insistencia?

—¡Pero, hombre, si es una cosa tan natural, cuando se encuentra a alguien a pie, a un kilómetro del sitio donde se va, yendo en coche, invitarle a que suba! Lo contrario sería irregular.

—Muy bien. Pero era el señor Clagny quien debía haberle invitado.

—No pensó en ello.

—Justo. No se cuidaba de hacerlo y usted le obligó.

—¡Pero si es un entusiasta de Bernés! El otro día pasó más de media hora cantándome sus alabanzas en todos los tonos.

—Entonces eso será lo que la hizo estar tan amable con él.

—¿Estuve tan amable?

—¡Ya lo creo! Habitualmente no le dispensa usted la más ligera atención; pero ayer no tenía ojos más que para él.

—Pues no me di cuenta.

—¿De veras? Sería usted la única. Hasta el punto de que llegué a preguntarme si haría usted todo aquello sólo por atormentarme.

Monina fijó su hermosa mirada en el señor Rueille, y preguntó:

—¿Para atormentarle? ¿Por qué puede causarle ese efecto que yo esté amable con el señor de Bernés?

—¿Por qué? —balbuceó el señor de Rueille, muy apurado—. Ya se lo he dicho. No estoy..., no estamos acostumbrados a verla hacer tales demostraciones..., sobre todo a un joven. En verdad que no. Estaba estupefacto..., y lo sigo estando.

—Y yo desolada de haberle contrariado; se lo aseguro. Nunca me había fijado en el señor de Bernés. Y ayer se me ocurrió ver si eran ciertas todas las cosas que me contó el señor de Clagny; por eso me ocupé de él. ¿Me perdona?

Sin responder, el señor de Rueille continuó:

—Con los de Clagny tiene usted también una manera de ser chocante. Claro que es viejo; pero no tanto como para permitirse ciertas libertades...

—¿A qué llama usted libertades?

—Tan pronto se le queda usted contemplando, extasiada, como le mima ridículamente... Es el caso de ayer.

—¡Ayer!... ¡Que ayer mimé yo al señor de Clagny!... ¿Yo?...

—¡Usted!

—¿A santo de qué?

—Cuando quería usted pasar a toda costa por la calle de Rabelais, sabe Dios por qué, pues no he visto calle más sucia. Sin contar que hemos podido estrellarnos por el caprichito. El mismo Bernés, que es uno de nuestros más notables imprudentes, intentó disuadirla.

Las pestañas de Monina dieron paso al extraño fulgor que a veces animaba sus ojos.

—Es verdad —dijo sonriendo—. Estaba empeñado el señor de Bernés en no pasar por la calle de Rabelais. ¡Como si temiese alguna cosa!...

—¡Temía estrellarse, caramba! Lo mismo que yo. Como el abate; como el mismo Pedrito. No comprendo cómo el abuelo de Clagny pasó por el antojo, pues era responsable de la señorita Dubuisson, de Pedrito y de usted, por no hablar de los demás.

—¿Ha concluido usted de gruñirme?

—Yo no la gruño...

—Hagamos las paces. ¿Quiere usted?

Empinándose en la punta de los pies y ofreciéndole su hociquito encantador, le dijo:

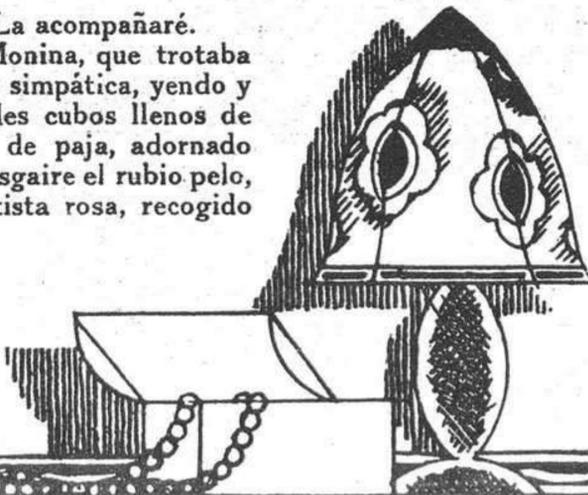
—¡Deme usted un beso!

El retrocedió bruscamente.

—¡Oh! —exclamó Monina, estupefacta y entristecida—. ¿No quiere usted?...

—No, no quiero...; aquí... es ridículo... —dijo disgustado, buscando con trabajo las palabras—. Pero muy ridículo. Me extraña que no lo comprenda usted.

(Continuará en el número próximo)



Sección compuesta y redactada en París bajo la dirección de Madame Martine Renier redactora Jefe de la Moda en FEMINA de París

Los GRANDES MODISTAS



JANE REGNY

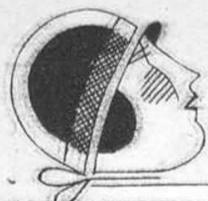
Las creaciones de «Jane Regny» tienen siempre cierta «allure» deportiva o son, al menos, de una gran sencillez. Este traje, de crespón de China azul, tiene una jalda de grandes tablas pegada a una ancha cintura. Un volante plisado adorna el cuerpo y las mangas. El cuellicito recto tiene una línea graciosa.

JENNY

En el centro, vestido de aspecto sencillo, pero de un tono bastante raro. Es de terciopelo «rouille», con un sencillo efecto, por delante, de trabillas redondeadas que se abrochan con gruesos botones. Este hermoso terciopelo, de tono ardiente, goza ahora de un gran favor.

JANE REGNY

Este traje es a la vez muy sencillo y de una gran elegancia. Es de crespón de lana, color cuero, con anchos canelones colocados por delante. Las grandes solapas llegan hasta los tres botones que cierran el abrigo. He visto este modelo reproducido en otros tejidos de lana y acompañado de una blusa de jersey muy fino o de franela. Esto último constituye una gran novedad, pues parece que la franela vuelve a estar en boga.



PATOU

Se ven muchos trajes en que la sencillez de la hechura forma un contraste con la riqueza del tejido. Así, «Patou» ha creado, en «lamé» verde y oro, un trajecito que antes hubiéramos visto en sarga o en crespón.

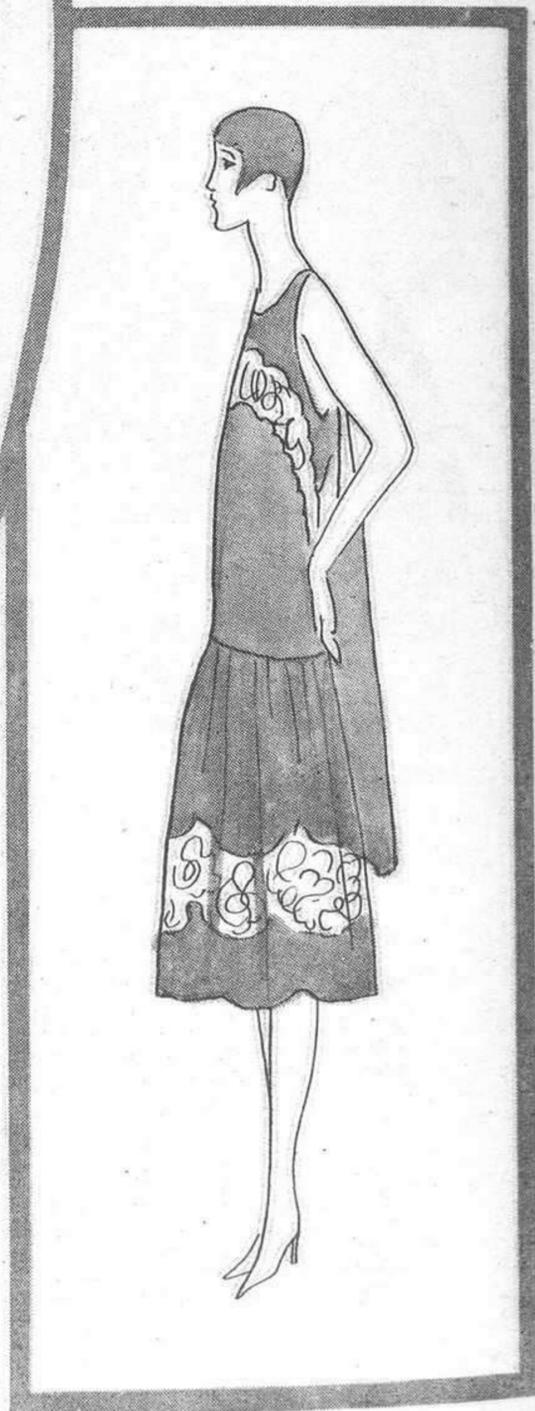


LUCIEN LELONG

El vuelo, por delante, resulta muy gracioso, sobre todo cuando está colocado en una túnica de línea tan airosa como la de este vestido de «crepe satin» negro, con chaleco de raso blanco abrochado con botoncitos negros.

MARTIAL ET ARMAND

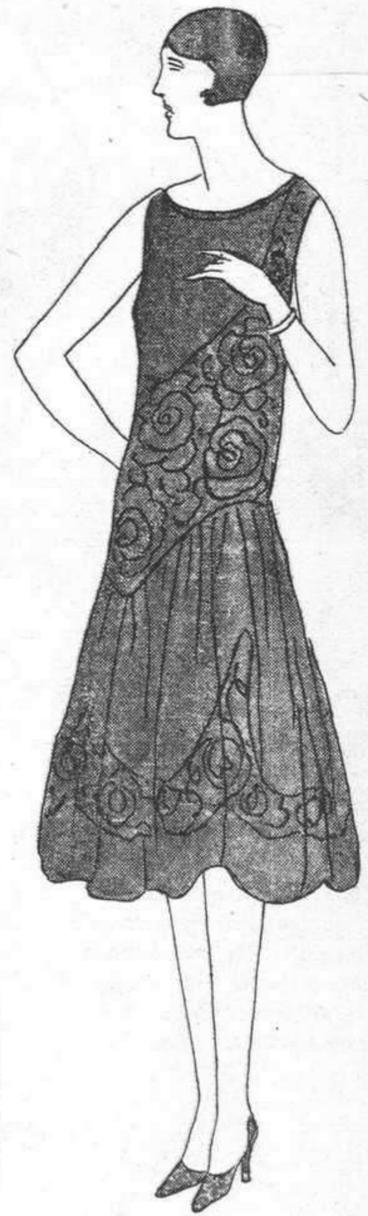
Vestido para comida, de «crepe Georgette» color paja, adornado con encaje de oro. Esta combinación de matices es bastante audaz. El mismo modelo resulta también muy bonito en blanco y oro. Una ligera «draperie» cae desde el hombro, por detrás.





MARTIAL ET ARMAND

Precioso vestido de vuela de seda blanca. Un bordado en pico, de perlas y de «strass», corta por delante la túnica. Esta túnica tiene mucho vuelo a los lados. Hilera de «strass» en el escote.

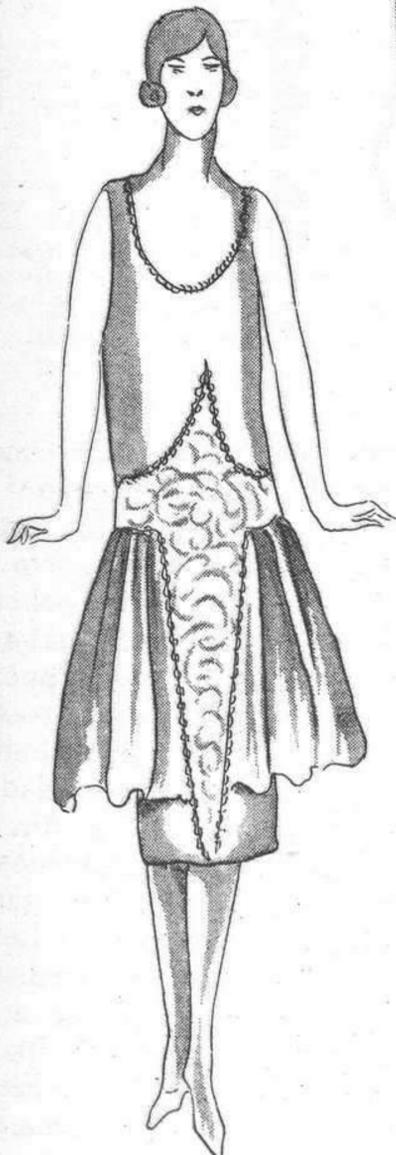


PREMET

Encantador vestido de comida, de muselina de seda negra, adornado con encaje oscuro. Va colocado sobre un viso de raso malva sonrosado, sobre el cual los finos dibujos del encaje se destacan admirablemente. La falda tiene bastante vuelo.

PREMET

Se ven este invierno pocos abrigos elegantes sin adornos de «renard» o de mongolia desrizada, en tonos claros. En este hermoso modelo, de terciopelo hoja seca, «Premet» ha colocado una ancha franja y grandes solapas de «renard» natural.





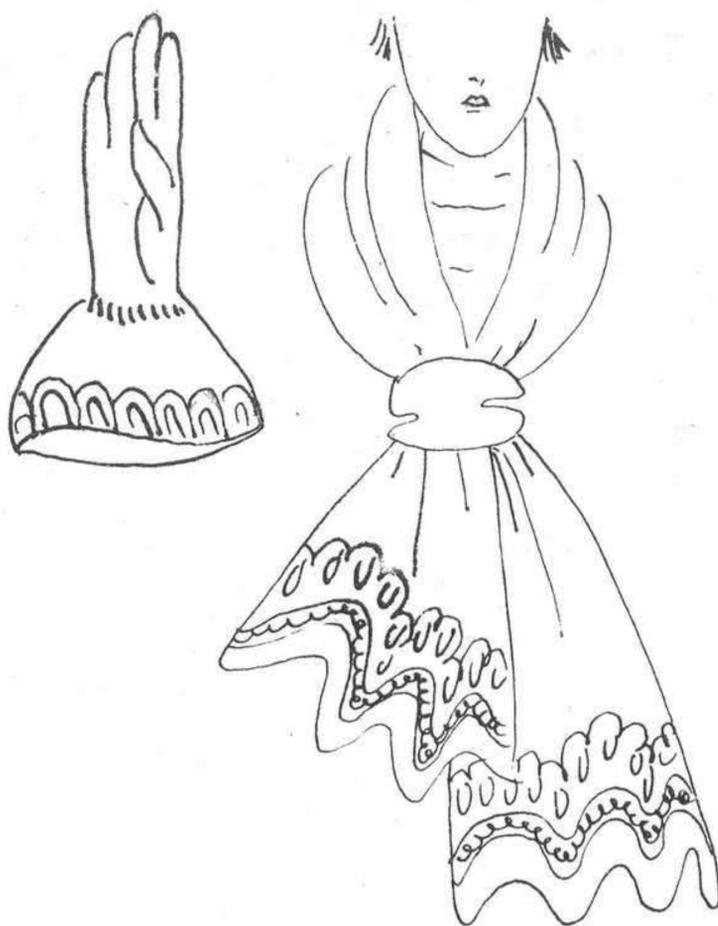
La falda plisada es muy a propósito para patinar, pues se presta a todos los movimientos. Este trajecito encantador es de «kasha» blanco; el abrigo lleva incrustaciones y bordados verdes y va forrado de «molleton» verde. El gorrito, blanco y verde, tiene orejeras como los gorros de aviador.

La «culotte» tiene numerosas adeptas. ¡Es tan cómoda y tan práctica para el verdadero deporte de invierno! Este modelo es de grueso «molleton» color «beige»; la chaqueta es de antilope marrón, forrada de tejido igual al de la «culotte»; el cuello es de «renard»; el gorro, de lana «grattée», del mismo color que el «molleton».

DEPORTES DE INVIERNO



A moda de los deportes de invierno se generaliza de día en día, y ya son incontables los sitios en que se practican. Para las mujeres elegantes, estas reuniones son otros tantos pretextos para lucir trajes inéditos y para contrastes curiosos. ¿No resulta acaso sorprendente y cómico ver, por la noche, vestida con traje de abalorios muy escotado, y calzada con medias de seda finísima y zapatos de lamé, a la misma mujer que, un par de horas antes, llevaba culottes, gruesos zapatos, medias de lana y sweater abigarrado? Y es que hoy se lleva la culotte con una facilidad asombrosa. He visto algunas «skiadoras» con pantalón de franela remangado y calcetines de lana. En las alturas, la elegancia es muy dis-

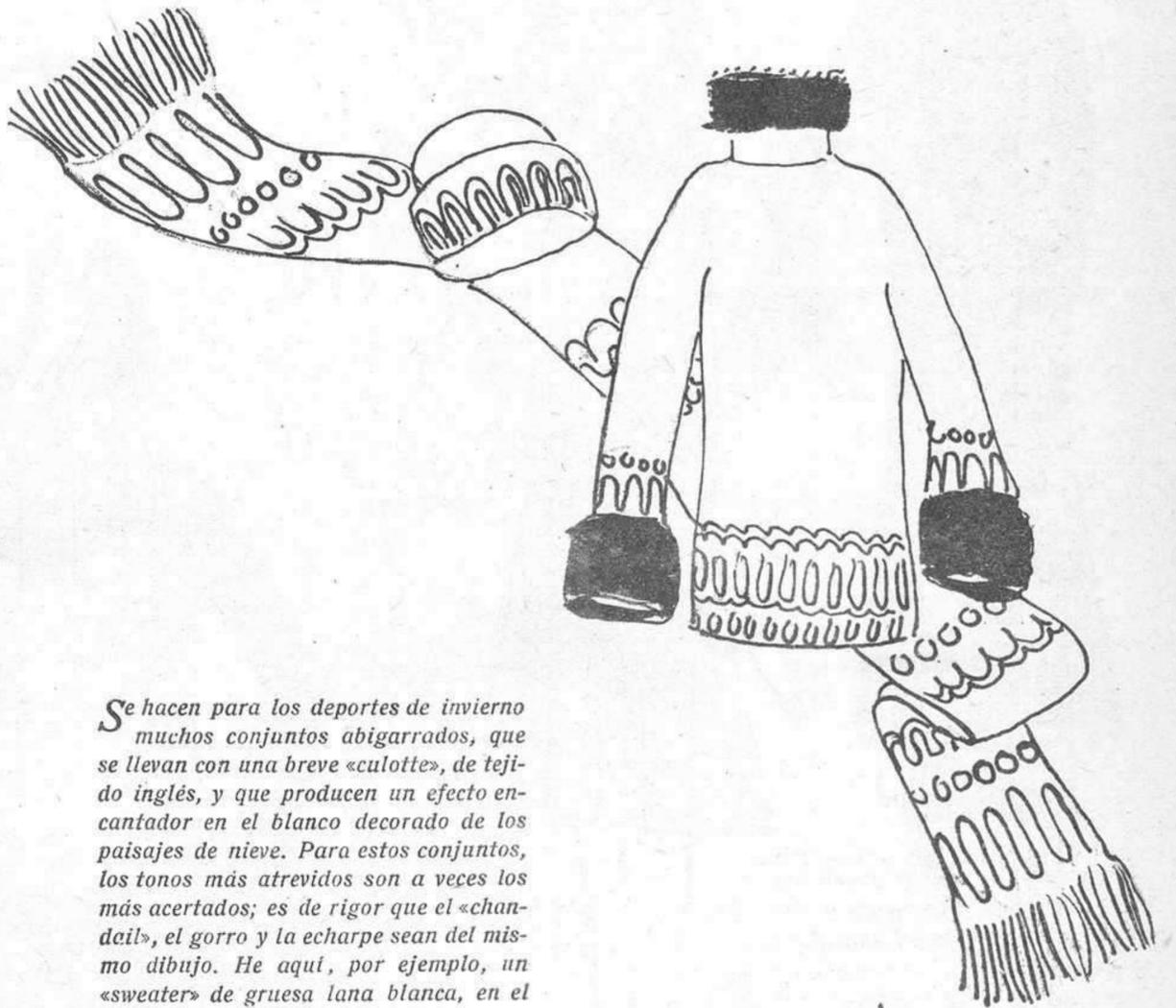


tinta de lo que es mil metros más abajo: parece como si consistiera en elegir los zapatos más gruesos y el gorro más masculino. Consiste, sobre todo, en hallar el traje más a propósito para el caso, pues un traje de deportes demasiado elegante resulta fácilmente ridículo. Esta es una verdad que no me cansaré de repetir.

¡Cuántas combinaciones encantadoras podéis realizar sin dejar de ser deportivas! Los colores rabiosos son lindísimos sobre un fondo de nieve; por el contrario, el blanco parece con frecuencia gris. Elegid, pues, tonos verdes, amarillos, kakis, y si lográis que vuestros guantes, gorro y polainas entren perfectamente con vuestro traje, tendréis un conjunto lleno de originalidad y de buen gusto.



Gracioso conjunto de antilope «vieux bleu», adornado con gris y con nutria. La falda, de piel muy flexible, se abre sobre una «culotte» gris; la echarpe es de grueso punto gris, bordeada de nutria; con esta echarpe hacen juego los guantes y las medias.



Se hacen para los deportes de invierno muchos conjuntos abigarrados, que se llevan con una breve «culotte», de tejido inglés, y que producen un efecto encantador en el blanco decorado de los paisajes de nieve. Para estos conjuntos, los tonos más atrevidos son a veces los más acertados; es de rigor que el «chandail», el gorro y la echarpe sean del mismo dibujo. He aquí, por ejemplo, un «sweater» de gruesa lana blanca, en el que se han formado, a punto de aguja, unos dibujos con lanas en marrón y anaranjado, con algún toque de gris. El cuello, que se abrocha por detrás, va bordeado de nutria, así como los puños. El gorro y la echarpe reproducen exactamente estos tonos, muy «artes decorativas».



Bonito modelo de gorro echarpe. Esta última va colocada sobre el gorro por medio de un medallón bordado; cubre las orejas, lo cual es de apreciar cuando se halla una a la altura que requieren el «ski» y el «bobsleigh».



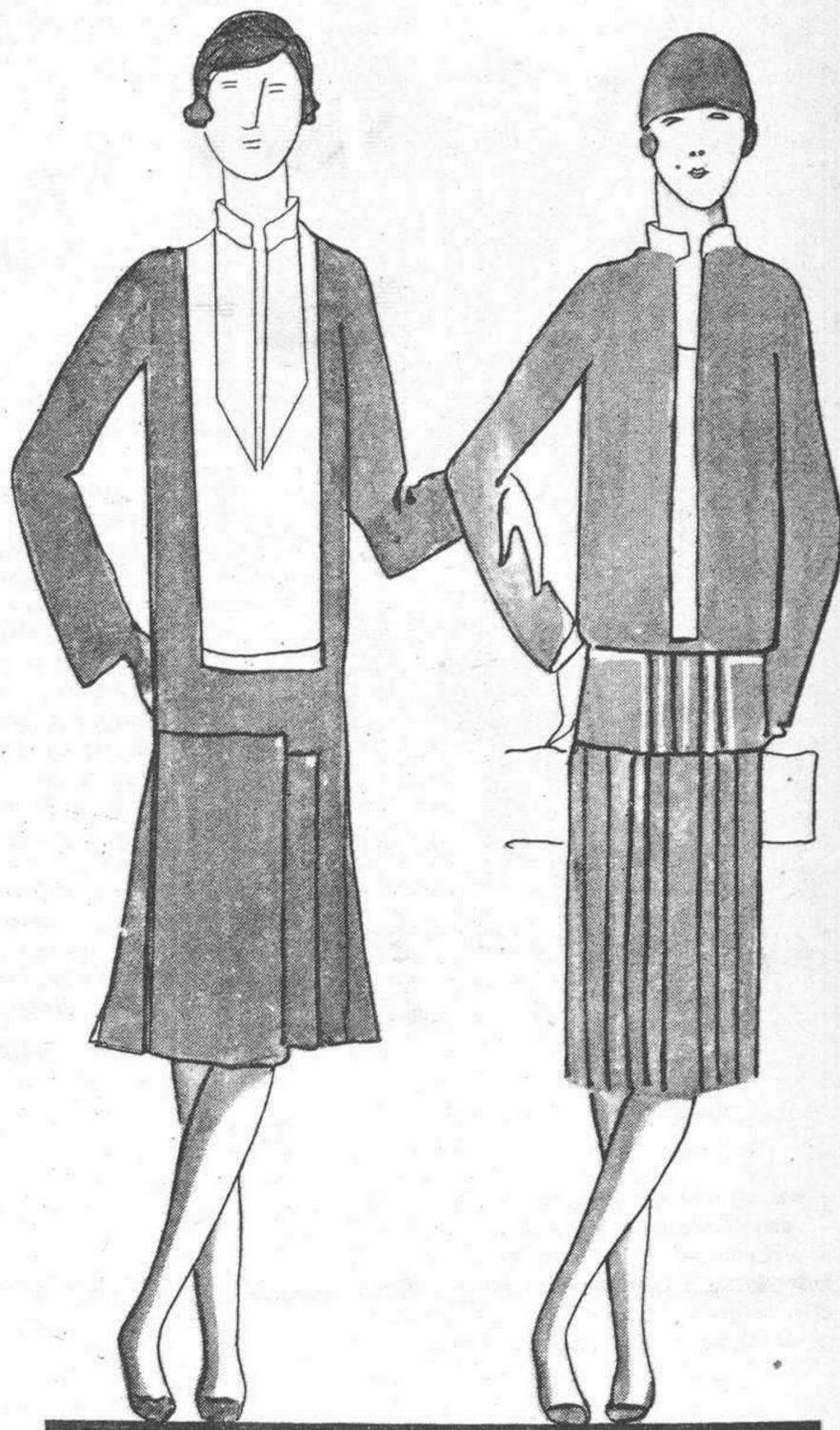
Este abrigo, de cuero blanco, pintado en gris y verde, forrado de conejo blanco y colocado sobre una faldita plisada, es una maravilla de trabajo y de ingenio que uno de nuestros grandes modistas deportivos ha creado para una elegantísima «sportswoman».

LOS TRAJES DE SASTRE



El traje de sastre no ha de tener necesariamente una línea rígida, como su nombre parece indicar. Este modelo, de «charmetaine» verde oscuro, es muy sencillo, de una hechura esmerada y de corte impecable. La túnica está cortada «en forma».

Arriba, a la derecha, vestido de fino «jersey» de lana, creado esta temporada por «Drecoll», y que ha obtenido un éxito extraordinario. Este modelo es de color «beige» con unos flexibles canelones a los lados. Se abrocha con dos gruesos botones de concha.



El «reps» es un tejido encantador para los trajes sencillos. De estos dos modelos, el de la izquierda tiene una falda con «panneaux» planos y sueltos, que ahora están muy en boga. En el chaleco cuadrado, va incrustado otro chaleco de «reps» de seda blanco.

Se ven muchos trajes con un movimiento ablusado, si bien éste no se ha adoptado todavía definitivamente. Aparece aquí, a la derecha, en un traje de jersey rojo oscuro con la falda plisada. El cuello, recto, va forrado de «gros grain» blanco.



Abajo, a la izquierda, traje de terciopelo de lana blanco, preparado para la Costa Azul. La larga levita, abierta a un lado, lleva por detrás un faldón «en forma» que hace unos canelones. El conjunto es impecable y tiene mucho «chic».

De los dos trajes de abajo, el de la derecha tiene canelones postizos. Estos se llevan más en los vestidos de tarde o de noche que en trajecitos sencillos, como es este modelo de «marokellaine» violeta, con un cuerpo largo cruzado y solapas muy flexibles.



De los tres modelos del grupo, el primero, que lleva una túnica —se ven muchos trajes con túnica este invierno—, es de pana inglesa gris rata con una larga abertura que deja ver una cinta de «lamé» de plata pegada al «fourreau». Los costados de la túnica están cortados «en forma»

El segundo modelo, aún más sencillo que el anterior, es de «reps violine» y la túnica lleva tablas huecas. Como en muchos trajes de estos, el cuello es alto y tiene dos fines; es decir, que puede abrirse para formar un escote en pico.

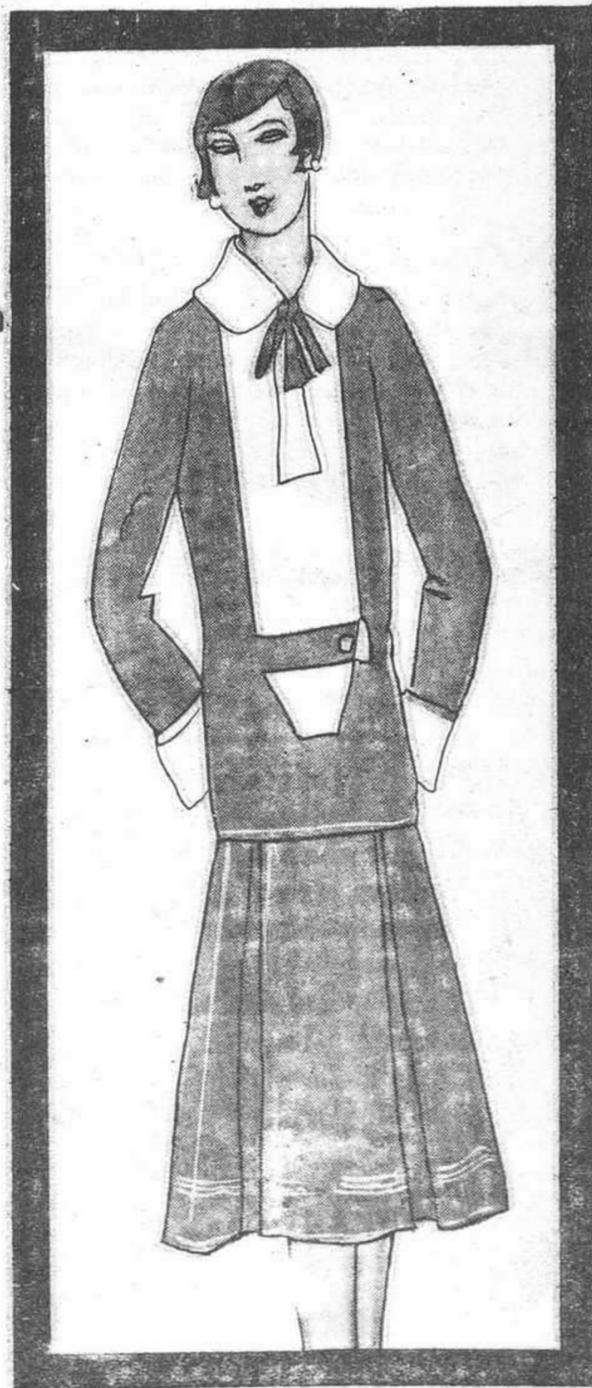
Las características del tercer modelo son el cierre recto, subrayado por una gruesa trenchilla, y los anchos canelones colocados por delante. Este traje es de «drapella» color «chambertín».



STOS últimos años, la palabra «traje de sastre», tan en boga antes, había caído algo en desuso. Vuelve a estar en vigor, y todo permite suponer que en la primavera próxima los trajes de hechura de sastre tendrán un gran éxito. Sustituirán al trajecito *sport*, vocablo del que hemos abusado tanto, que ha llegado a hastiarnos un poco.

El traje de sastre no comprende más adornos que unas tiras de tejido colocadas en sentido contrario. Los trajes de *reps*, de *charmeline* o de *drapella* llevan incrustadas tiras estrechas o minúsculos *panneaux* del mismo tejido. ¡Trajes complicados y difíciles de hacer, si los hay! Cualquiera planchado torpe hace que una costura sienta mal o que un lado forme frunces inoportunos. Y es que el planchado tiene mucha importancia en estos trajes, cosa que debe tener muy en cuenta la persona encargada de esta labor ingrata y difícil.

Es encantadora la idea de este chalequito de «faille» blanca, sobre el cual pasa una tablilla de tela abrochada a un lado. El vestido es de «drapella» negra con canelones planchados, que le dan vuelo, sin ensancharse tanto como los canelones corrientes.





Encantadora y facilísima de hacer es esta especie de pelerina de terciopelo estampado, forrado de raso «ouatiné»; puede llevar dibujos de mucha fantasía. También puede cerrarse, en su parte inferior y en el cuello, con dos lazadas de cinta.



Este abrigo resultará monísimo en «molleton» o en «zenanas» en un color claro. También puede hacerse de tafetán o de raso «ouatiné», con un adorno de pespuntos en la parte inferior de la prenda y en las mangas. Un borde de marabú, remata el abrigo con elegancia.



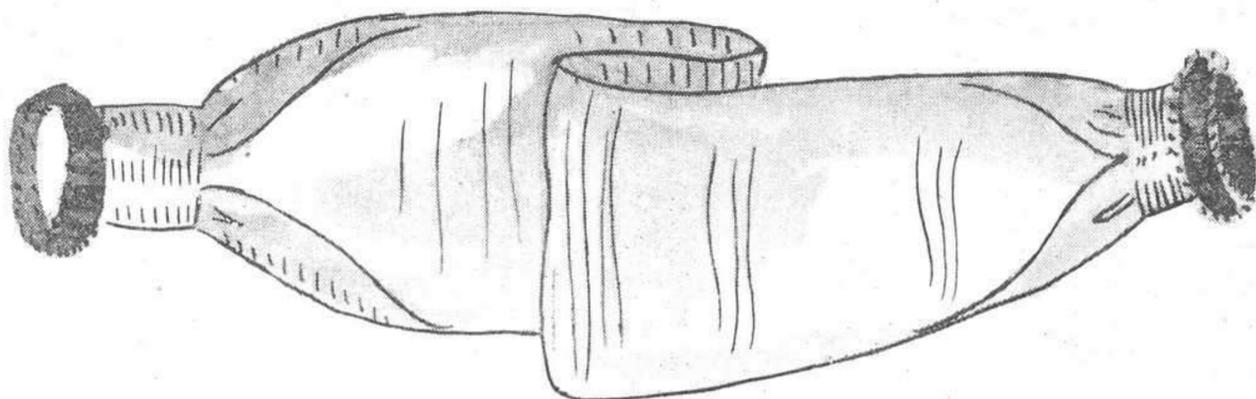
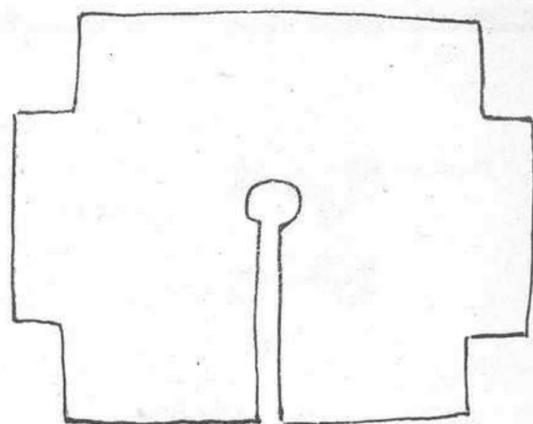
A calefacción central ha multiplicado la necesidad de las prendas de abrigo para casa. Este calor igual no nos proporciona, cosa curiosa, el bienestar de un buen fuego de leña, y, con frecuencia, sentimos un pequeño escalofrío que nos impulsa a cruzar sobre los hombros las caídas de nuestra echarpe.

Os divertirá confeccionar personalmente el *sweater* — que ya se ha generalizado por completo — y todas las demás prendas ligeras, que son un nuevo refinamiento de la moda.

Podréis elegir las en tonos claros, y si os agradan los tejidos abigarrados, no vaciléis en adornaros con ellos: en casa, en la intimidad del hogar, están autorizadas todas las audacias de color.

He aquí una echarpe original y práctica. Tiene en sus extremos dos puños, y como además es ancha, se suele mantener en su sitio, sobre los hombros; se hace, sobre todo, en jersey de seda o de lana.

Este es el patrón del abrigo que aparece a la izquierda; como es sencillísimo de cortar y de forrar, podéis fácilmente haceros unos cuantos, a fin de estar siempre graciosamente ataviadas en casa. No olvidéis que los dibujos de pespuntos están muy de moda; hechos con hilos metálicos, producen un efecto precioso.





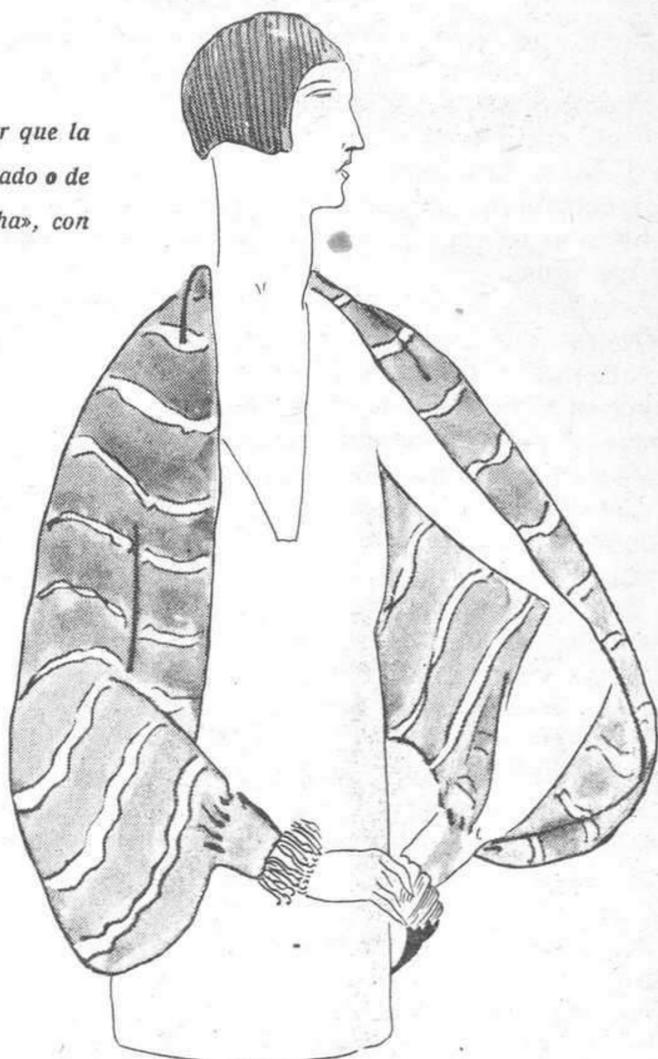
Muchas de estas fantasías pueden hacerse de punto; basta para ello con cortar un patrón y adaptar a las dimensiones de este patrón el número de puntos. El punto de liga da mucho de sí; suele sustituirse con el punto «grano de trigo», que es mucho más sólido. Este consiste en un punto por el derecho y un punto por el revés, en cada fila; pero el punto del derecho va sobre el punto del revés de la fila anterior; este punto da muy poco de sí.

Una bonita manera de hacer las prendas de punto consiste en utilizar agujas muy gordas y coger siempre dos lanas de colores netamente distintos. El efecto de «chiné» puede variarse así hasta el infinito, y resulta mucho más bonito que cuando se compra lana ya preparada para ello. Las combinaciones de color predilectas son: marrón y amarillo, azul y rojo, violeta y rojo, negro y verde.

La gruesa echarpe de «molleton», menos vulgar que la toquilla, es muy cómoda para los días de resfriado o de convalecencia. Se hace mucho ahora en «kasha», con una franja de color fuerte y flecos.

Los abrigos de terciopelo ofrecen el inconveniente de coger mucho polvo; pero resultan encantadores y elegantísimos, sobre todo cuando cruzan mucho y van bordados con una ancha franja de piel o de raso «ouatiné».

Esta es la manera como se lleva la echarpe, cuyo dibujo aparece en la página anterior. Puede forrarse en un color que forme contraste con ella; en este caso, los puños se ribetean con un rizado del color del forro, por el que pasa una goma.



MUJER tiene siempre espacio reservado para honrarse publicando cuantas producciones literarias le envíen sus lectoras.

Siluetas.

V

Totó.

Es alegre como la primavera, ríe sin cesar y no tiene un momento de reposo.

¿Qué hace? Juega al *tennis*, monta a caballo, conduce un automóvil, baila; y, si descansa, es para flirtear mientras fuma un cigarrillo egipcio.

Dice que es preciso vivir la vida alegremente, y se burla de quien quiere hacerla pensar o intenta que fije su atención en cosa de provecho.

Alguien ha dicho que son las muchachas de ahora discípulas de Lenin.

No hace muchos años, cuando el pudor y la dignidad imperaban en el alma femenina, causaban escándalo las familiaridades que tenían entre sí jóvenes de diferente sexo. Atribuíamos estas libertades a falta de fe y a carencia total de educación religiosa.

Mas el mal ejemplo cundió, la mala semilla fructificó y... Totó, risueña y decidora, olvida fácilmente sus deberes de cristiana. Muéstrase, quizás, como lo que no es, y se expone a ser juzgada con severidad por las gentes formales; a ser criticada cruelmente por quienes la tratan como camarada. Y no piensa que, al querer vivir como joven a la moderna, suele ser tildada de ligera, coqueta y frívola.

La pendiente es suave de bajar; el precipicio se halla en el fondo; el terreno es resbaladizo...

¡Ay de Totó si rechaza la mano que intenta sujetarla, si quiere seguir sola su camino, riéndose siempre, sin mirar nunca adónde va.

MAMI.

¡Recuerdos!

¡Qué poco duró mi dicha;
cuando más contenta estaba
todo se volvió cenizas!

Si algún día frente a mí yo te encontrara
y me juraras otra vez ante un altar,
es tanto lo que yo te quiero,
que me dejaba engañar.

¡Que mientras dura el engaño
se pasa feliz la vida!

¡Qué importa llorar después
si antes hubo alegría!

¡Nunca te enamores, niña,
que el amor es una espina
que sin sentirlo se clava,
pero luego te lastima.

GLORIA DE VILLARRAZO.

Asturias.

Pueblo valeroso, tierra de valientes, cuna de corazones nobles, francos, sencillos, tan puros como el aura de tus montes...

Pueblo astur, yo te saludo.

En ti nació la Reconquista española; tu céfiro movió la cuna de Pelayo. Los hijos de tus montes supieron circundarte de impenetrables muros; su valor y su pecho son tus corazas; su nobleza es tu espada; su fe es la savia que vivifica el corazón de tus hijos...

Eres tierra de poetas, eres fuente de inspiración... No uno, millones de millares de libros podrían escribirse diciendo tus grandezas; mi musa, muy pobre es para intentar publicar tus proezas; si empuño la pluma hoy para cantar tus loores, es porque quiero pagar una deuda de gratitud contraída con tus montañas sagradas y altivas.

Ante tu naturaleza campestre nació mi inspiración; contemplando la luna de tus noches de verano hice mis primeras poesías; en tu santuario de Covadonga aprendí a amar a todo lo que es bello, lo que es puro, lo que es santo, lo que es grande, lo que es amable...

Al pie de tu mar, en fin, aprendí a amarte a ti y a tus hijos, me enseñé a conocer tu labor y a respetar tus leyendas...

También tú me enseñaste, pueblo fuerte, a adorar a la patria que se quedó allá, del otro lado del mar y que fué mi cuna.

No ansío la gloria, Asturias, ni la quiero ni la tendré; si hoy tomé la pluma para darte las gracias, no fué sino para pensar en ti, para pagar mi deuda y para enviarte desde lejos un effluvio del sagrado cariño que encendiste en mi pecho.

Sigue, Asturias, dando a tus hijos tu corazón noble, ingenuo y sencillo, impregnado de nativo valor; y ya que yo también tengo en mis venas algo de la savia de tus montañas, recibe hoy el saludo ferviente de una humilde mexicana.

PUEBLA DE LOS ANGELES.

Calma en la noche.

Todo es silencio en el campo,
la aldea, dormida está;
de los perros, a lo lejos,
se oye el continuo ladrar.

Las aguas del arroyuelo
siguen su eterno cantar;
la Luna, tras la montaña,
asoma su blanca faz,
y el leve soplo del viento
pone un dulce susurrar
en las copas de los árboles,
que se mecen sin cesar.

Todo es silencio en el campo;
la noche es serenidad;
todo es calma en torno nuestro,
y en el alma todo es paz.

¡Es que hay silencio en la noche!
Silencio es serenidad...

LA FLOR DE LA ALDEA.

Inconscientemente.

¡Cuánto se engañaba la modernísima Kate con su proceder descabellado! Se creía la tal jovencita tener impermeabilizado su corazón. Jugaba con los hombres hasta herir a muchos de ellos, empezando con sus flirteos, de que era maestra en tan peligroso arte. Sus encantos aprisionaban a sus contrarios, que dejaban de ser flirteos por convertirse en amor. Ella nunca sintió tal sentimiento. Por eso se la veía siempre dispuesta a nuevas aventuras, que dejaba al cabo de poco por fastidiarla. Sus amigas la llamaban «La sin corazón», lo que a ella le divertía mucho, pues así decía: «Yo me vengo de las tantísimas débiles que ruedan por estos mundos».

Pero llegó un día en que apareció el que había de derribar esta especie de fortaleza que guardaba su corazón. Y sin ella siquiera advertirlo, siendo él insignificante, o, mejor dicho, no reuniendo lo que ella exigía, no tratándola hasta como todos la trataban, se apoderó de ella un malestar desconocido, se enfureció, protestó, quiso creer que era un fuerte *spleen* lo que la aquejaba. Viajó hasta hartarse, visitando todo lo que humanamente se puede, y en todas partes encontró el vacío, hasta que un día, estando sentada en la terraza de un lujoso hotel, mirando, *sin ver*, la multitud de la gran ciudad, oyó a una muchachita de pueblo que cantaba la vieja copla:

Ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

Meditó ella tales palabras y conoció que *inconscientemente* se había enamorado.

Yo.
Ciudadela.

En una reja.

La noche es tibia y perfumada; la calle está desierta; sólo de trecho en trecho se acierta, más que se ve, una capa cubriendo una reja: José Luis se dirige a la cita que le dió Mari-Luz, pero sus amigos ya se lo advirtieron. «No te fíes de esa chiquilla; muchos, antes que tú, fueron burlados; les concede la cita que le piden, y cuando el galán susurra su canción de amor, ella se ríe, coreada por sus amigas, que en la misma habitación, protegida por la obscuridad, se han situado para presenciar la nueva conquista.» Pero a José Luis no le engañan; sí es cierto que la niña le gustó, le pasó ya el capricho, al verse aceptado y va a ser él el que se burle, vengando a sus compañeros.

Llegó ya; los cristales de la reja están abiertos y el alfeizar cubierto de claveles. Mari-Luz, sentada en unos cojines, le tiende su mano breve y morena.

—Buenas noches, nena, siento haberte molestado; creí que tú comprenderías era una broma y no me esperarías. Fué una apuesta con mis amigos, que aseguraban no me concederías esta entrevista; si pasara alguien, creería que somos novios; pero yo, como tantos otros, no puedo hablarte de amor; unas rejas más abajo, me espera mi novia; fué lo que ya te dije: una broma, y ahora, adiós; pero, de todos modos, perdona la molestia.

Y cuando se cerró la reja, en vez de las risas locas que José Luis esperaba oír, sólo oyó un sollozo ahogado.

Mari-Luz, quizá por primera vez, necesitaba creer las palabras que soñó ver pronunciar muy quedo, al único que supo burlarla.

AILEMA.
Burgos.



La «línea»

El tema es siempre de actualidad, y voy a tratarle. Pero presiento que no va a agradaros lo que os diga, porque las mujeres rara vez toleramos que alguien se atreva a discutir nuestros encantos. Y yo, con profundo sentimiento, voy a deciros algo que os espantará. ¡Atención! ¡Somos muy feas!

Sí, señoritas y señoras, somos feas y contrahechas, con poco frecuentes excepciones, muy honrosas para nuestra raza. ¿Y sabéis quién tiene la culpa? La perversión del gusto estético introducida por los «fabricantes» de modas absurdas, que no se conforman con obligarnos a perder la vergüenza (¿duele?), sino que pretenden hacernos perder la salud, y que han conseguido, sin gran esfuerzo, hacer desaparecer la línea clásica de lo que fisiológicamente se denomina una hembra.

Atrevidilla me siento, y sólo lamento heriros con algún concepto duro. Ya os he dicho que vengo en son de guerra..., a intentar haceros un favor.

La mujer es bella por definición y casi por obligación. Pero ¿se ha ocupado alguien de definir cuál es la belleza auténtica? Porque no puede considerarse como tal aquella mujer que ostenta un lindo rostro, o un cuello torneado, o un busto ideal, ni siquiera (y menos ahora) una soberbia mata de cabellos de oro o de ébano...

Hoy una mujer no es bella. Es «chic» o tiene «línea». Son legión las que no pueden lograr esa suprema «línea». ¡Desgraciadas!

Y vemos desfilar el cortejo de «deslineadas»: Espaldas abombadas, torcidas; caderas desdibujadas, angulosas o engrasadas en exceso; cinturas atrofiadas, rígidas, sin gracia; pechos escondidos, nulos o prensados por sostenes inquisitoriales; estómagos dilatados; vientres ridículos; piernas torcidas, huesudas o sobrecargadas de grasa, de sangre que no circula; cuellos odiosos; barbillas triples. ¡Y qué andares!

Pero no creáis que las que sustentan el supremo galardón de la «línea» son mejor formadas.

Esa figura de muchacha moderna, espigada en exceso, pero de estructura ósea y muscular en absoluto falsas, no «engrasada», porque se mueve más que nuestras madres y un mundo más que nuestras abuelas, es la mayor depravación de gusto que haya producido jamás moda alguna.

Inútil es que se asegure que la muchacha moderna es fuerte. Mentira, y grande. Podrá decirse que el rendimiento de su esfuerzo físico es mayor, pero los resultados de la diferencia son lamentables.

Ese *surmenage* y esa afectación de actividad y de aire libre están en completo desacuerdo con los ojos hundidos, las mejillas flácidas y descoloridas, el pecho colgante y otras manifestaciones fisiológicas que todas conocemos...

Es indiferente que el azul, el negro, el rojo mandarina y el carmín intenten engañar. Hay algo que no engaña, y menos a ellas mismas, y que se manifiesta más a menudo de lo necesario.

Y han surgido, es decir, han aumentado las enfermedades nerviosas en todas sus manifestaciones, en las intelectuales y en las otras, y aun en estas mismas, la anemia, la tuberculosis y tantas otras enfermedades de nombres más exóticos, pero no menos indeseables.

Sobre todo en estos últimos años, en que se ha impuesto esa «delgadez» de buen tono, es alarmante el número de mujeres estropeadas por su afán de «línea». La muchacha «bien» abusó y abusa de drogas inverosímiles; la modesta burguesita y la obrerilla han apelado a la supresión de un tanto por ciento del ya frugal y poco sustancioso yantar...

¿Me queréis decir a dónde caminamos?
Si tenéis valor para seguirme leyendo y las páginas de MUJER me acogen benévolamente, un próximo día continuaré.

RAMAYHANA.

¡La pobre Lulú!...

¿Tú quieres que te diga lo que son selos?
Es una pena negra qu'entra en el arma
y, poquito a poquito, ca vé má grande se va jasiendo.

Una gitana vieja cantó la copla.
—¡Olé l'agüela! —gritó un golfillo.
Y Lulú hizo un movimiento tan brusco, que estuvo a punto

de caer al suelo la mesita de mimbres y el helado de fresa. Lulú adora los helados de fresa.

¿Pero a todo esto, ustedes no saben quién es Lulú? A Lulú Pinedo, la conocen todos. Es esa muchachita rubia, tan frágil, tan figulina... Todas las tardes, podéis verla en la terraza del Hernán Cortés. Le acompañan una miss, seca y angulosa, y un bulldog horrible. Pero Lulú también adora su bulldog.

—Desde que voy conociendo a los hombres, cada día quiero más a mi perro.

Y su mano fina y pulida acaricia, mimosa, la horrible cabeza de Kiss.

El primo Carlos sonríe, burlón, mientras la mira larga y curiosamente. ¿Qué sabe de eso la muñeca rubia?

El primo Carlos acaba de llegar de Berna. Ha viajado mucho; ha visto mucho más, y tiene ese gesto mitad hastío, mitad aburrimiento, peculiar en los hombres que han vivido demasiado aprisa.

La muñeca rubia adoraba a su primo; le quería con toda la vehemencia de su alma apasionada. Nadie podía sospechar que en aquella muchachita de ademanes lánguidos y profundas ojeras se ocultase un temperamento ardiente y exaltado. Su primo era el primero que lo ignoraba, si bien es cierto que nunca se preocupó de averiguarlo.

Carlos se aburría; el primo Carlos se aburría siempre, y la pobre Lulú torturaba su imaginación buscando en vano algo ingenioso para distraerle.

Una muchacha elegantísima cruzó la terraza con aires de reina. Grandes y chicos volvíanse para mirarla. Lulú sintió un malestar extraño, un presentimiento quizás.

—¿Pero esa es María Eulalia? —preguntó Carlos, admirado.

Lulú no contestó. Un deseo loco de huir de allí con su primo se apoderó de ella.

María Eulalia se acercó sonriendo.
—Pícaro, ¿ya no quieres nada conmigo? Y tú, Carlos, ¿es posible que te olvides así de las viejas amigas?

Y le tendió su mano admirable, que él se apresuró a estrechar entre las suyas... María Eulalia no quiso sentarse. Apoyada en la baranda, con su vestido vaporoso y su sombrero chiquitín, parecía una de esas figuras ideales de un lienzo de Julio Moisés. Carlos, de pie, a su lado, trocado en otro hombre, le hablaba calurosamente. Ella reía, reía con estudiada coquetería...

A Lulú, el helado se le antojaba brasas. Sintió que algo se le rompía dentro, muy dentro del alma. Sus manos de lirio buscaron la cabeza de Kiss, mientras sus ojeras, sus divinas ojeras violeta, se hacían cada vez más profundas...

MISS FLAY.

Desilusión.

¡Qué sola me he quedado, ilusión mía!
¡Qué sola me he quedado!
Mi loca fantasía
no ha de encontrar el ideal soñado
que tanto prometía.
¡Qué soledad tan grande, qué amargura!
En la inmensa tristeza de mi vida
no hallaré una sonrisa de ternura.
La sangre de mi herida
servirá, por mandato del Destino,
para sembrar de flores mi camino.

MARI LOLA.

Correspondencia de TRISTAN

EUGENIA GRACIA.—Puede usted adquirir esos números pidiéndolos a la Administración y acompañando su importe, más 50 céntimos para gastos. Debo advertirle que, según me dicen, del número 1.º quedan tan pocos, que si no se apresura estará agotado cuando lo pida. En algunos quioscos de periódicos tienen también números atrasados.

UNA DE MAL GENIO.—El caso que usted cuenta es complejo y su apreciación ha de variar mucho según circunstancias, antecedentes y detalles que ni expone usted en su carta ni es fácil estimar sino mediante impresión directa. En general, esas cosas «con azúcar están peor», o, como decía Don Quijote, *peor es meneallo*.



Las amigas y los amigos incógnitos



En esta sección, los lectores de MUJER corresponden entre sí (lectoras con lectoras o lectores con lectoras); publicamos cuantas comunicaciones se nos envían, firmadas con seudónimo, con iniciales o con el nombre.

Amigo Roberto: Es adelantarme, ¿verdad?; porque... ¿y si usted no quiere serlo? Pero algo me dice al leer sus líneas que no desechará usted la amistad espiritual de una mujercita que, como usted dice, desea tener ese afecto que «hace hermanos».

Así, pues, al contestarle, al poner la ternura de mi corazón de mujer y mi poca inteligencia a su servicio, sólo suplico una cosa: Que usted, mi buen amigo, en esta correspondencia del espíritu, me corresponda también con su sinceridad y consejos.

Yo deseo tener una amistad del alma, una amistad que, por no ser sino de corazón a corazón, será real y sincera.

¿Me comprende, buen amigo? Usted, que seguramente es inteligente, ¿admite la correspondencia espiritual de esta «amiga del alma»?

Lo pregunta

UNA MUJERCITA... MUY MUJER.

Amigo Florencio: Hace tiempo que yo tengo grandes deseos de tener un buen amigo a quien poder consultar y pedir un consejo; pero no siempre se puede, por el qué dirán...

Aquí en España, la gente, en seguida que una chica va con un muchacho, dicen ¡novio!, y esto es una lata.

Así que este medio que usted ofrece en amigos y amigas incógnitos me parece excelente para conseguir una franca y leal amistad; además, la idea de tener un amiguito incógnito me agrada.

Espera que no la deje fea,

MARY PEPA.

Para Leonor: He leído con gran deleite las líneas que, cual pentagrama de deliciosa música, forman la misiva que ha remitido para su publicación a la simpática revista MUJER.

En efecto, tiene usted razón: las ideas grandes no abundan en estos tiempos, y la de dicha revista merece ser alabada por todos los que tenemos necesidad de apartarnos algo de las costumbres raciales de la vida, tan absurdas algunas de ellas como la que describe muy irónica y atinadamente una lectora en el mismo número... «Si por casualidad al verse un hombre y una mujer dos o tres veces por semana no han pensado en el verbo Amar, el Mundo —*El Gran Galeoto*— se encarga de fastidiarlos hasta el punto de imposibilitarles la amistad». Y es que el nivel cultural de nuestro país está aún muy bajo para comprender ciertos actos y no darles más importancia que la que realmente tienen.

Sin más preámbulos, pues, ofrezco ser ese hombre desconocido que tanto anhela, ese amigo que la aconsejará siempre con la mente muy alta, ese camarada que siempre que sea necesario dejará de ser galante para decir la verdad escueta, fría, a veces cruel, pero siempre necesaria, esperando como premio, si logro su amistad, una correspondencia igual de mi amiga incógnita, que vuela muy por encima de esa vulgaridad que tanto teme.

¿Deseaba usted una carta? Ya la tiene. ¿Congeniamos? ¿Sí? ¿No? ¡*Chi lo sa!*

Usted y el tiempo tienen la palabra.

CARLOS P.
Barcelona.

Amigo Ramón: Casi me dan ganas de seguir el cantar «Ramón del...» pero no sigo, porque va a creer usted que le tomo el pelo, y, aunque hago algunas locuras, no me permito llegar a reírme de nadie la primera vez que hablo con dicha persona.

Me parece que llegaremos a ser excelentes amigos. Como a usted, me encanta el *flirt*, y no hago caso de las personas mayores que siempre están con su aburridísimo: «Niña, no cometas tonterías, eso es una inconveniencia». ¡Qué pelmas! Yo quiero jugar siempre a todo lo que se presente; me da igual el baile que otro juego; el caso es divertirse.

¿No le parece que la vida es encantadora? El que así no la vea es tonto; que siga mi ejemplo, y verá entonces cómo no es tan fiero el león como lo pitan.

Amiguito, en prueba de amistad, voy a firmarme como me llaman en casa; es algo molesto cuando lo dicen los extraños, pero usted no lo es ya para esta pequeña amiguisima que se firma

MOSCA.

Eterno amigo: ¡Vaya un nombre que ha elegido! No sé por qué me parece que es usted algo inconstante; he aquí por qué encuentro extraño su nombre. ¿Me equivoco?

¿Conque usted está cansado de escuchar las confidencias de sus amigos y las conversaciones de las niñas de la casa? Casualmente voy a ofrecerle una amistad completamente nueva, sosegada y hasta desinteresada, puesto que yo no aspiro a sus consuelos, sino a quitarle —desde lejos— el fastidio que le produce el mundo y a volverle el buen humor cuando se sienta aburrido en medio de un salón. ¿No ha notado usted lo solo que se encuentra uno a veces en medio de una reunión que sólo sabe jugar al «Mah-Jong»? Yo, por mi parte, prefiero los viajes y la equitación. ¡Si usted conociera a mi amigo *Pingo!* (Es un caballo que me ha regalado papá hace poco y al que quiero como a un amigo.) Adiós, *Eterno amigo*, hasta cuando usted quiera se despide su amiga incógnita

LIDIA LA REVOLTOSA.

Luisa R.—¿Nada más? Eso te digo yo a ti. ¿Nada más que dos renglones me escribes? Eso se hace con las amigas de cumplido; pero no con las de confianza, como nosotras. Yo creo que en otra lo harás más largo y te desquitarás; si no, me enfado.

Sin embargo, te disculpo, porque aunque nuestra amistad es grande (véase nuestra no interrumpida correspondencia), ¿qué nos vamos a contar que nos interese? Oye, digo lee: ¿De dónde serás? ¿De Galicia, de Andalucía, de Levante, del Centro?... En fin, no soy curiosa; aunque seas del Indostán te quiere mucho tu amiga.

MARIPOSA DE CLAROS COLORES Y TRANSPARENTES
Y VAPOROSAS ALAS.

Lo que más he deseado en este mundo es tener una amiga con quien comunicarme mis dichas y mis pesares; pero jamás las he encontrado, pues las jóvenes ahora no saben guardar secretos.

Si alguna joven tiene el mismo deseo de tener una amiga y no la ha encontrado, como yo, puede contestarme, bajo un seudónimo, en esta tan simpática Revista, a ver si nos entendemos.

Creo no quedaré desatendida, y espera una pronta contestación

UNA MORENA.

Salvador.—Me agrada en extremo su franqueza poniendo de relieve su fealdad, a la que debe acompañar una gran simpatía.

En mí encontrará esa amiga que desea para depositar su confianza; siendo así, yo también le confiaré mis impresiones.

Si es feo, nada tengo yo que agradecer a la Naturaleza; así que estamos pagados.

DESENGAÑADA.

Polín.—Te escribo porque eres un chico ¡bestial! y con una simpatía ¡colosal!; y, por lo que demuestras, espero tener contigo una amistad ¡cañón!

Lo malo es que yo soy una chica muy castiza, y habrás creído que soy tu atleta soñada; pero... ¡que te lo has creído!

Límpiate, que estás de huevo, rico!

LA TRINI.

A María Aurora.—Querida María Aurora: Pides consejo sobre lo de madrinas de guerra; yo creo que esto es cosa de contestarte una mujer, y por eso te contesto yo, aparte de que apenas he leído tu párrafo me has sido muy simpática, y creo que seremos unas buenas amigas. ¿No?

Vamos a tu pregunta. Eso es según la intención con que se haga: las hay que tienen ahijado por postinear, y las hay que lo hacen por consolar al pobre desterrado que lucha por la patria. De todos modos es una buena obra, y yo lo encuentro bien y nada censurable. ¿Estás contenta? Ya sabes mi opinión, que creo que será la de todos; el tener un ahijado de guerra es una acción digna de elogio, y que yo apruebo; en todo caso, ya estás satisfecha. ¿Me contestarás? Yo creo que seguiremos siendo amigas, y, cuando me contestes, ya seguiremos nuestra correspondencia. ¿No te gusta esto de ser amigas incógnitas? Ya te quiero, María Aurora. Tu amiga

MARÍA DE LAS MARAVILLAS.

Roberto: Hacéis mal en desconfiar de que alguna os conteste. Aquí estoy yo dispuesta a aceptar esa amistad tan encantadora y misteriosa que nos brindan las páginas de MUJER. Tenéis razón al decir que los hombres necesitan una mano femenina que les consuele y anime; es muy cierto, y no lo es menos que la mujer precisa de un ser que reclame de ella el sacrificio y los desvelos que siempre está dispuesta a prodigar. Si vosotros sois la cabeza que todo lo dirige, ella es el corazón que todo lo mitiga, y que no sabe ocuparse de sus heridas cuando cerca de ella hay alguien que sufre.

Hasta cuando contestéis, queda

SOLITA.

Salvador: Amigo incógnito:

Como muchas cartas que recibirás leerás la mía, «acaso sin importancia».

¿Por qué te crees tan feo?

¿No oíste decir que el hombre y el oso...?

Dices que la que quiera picar, que pique buenamente; pues bien, yo pico.

¿Que necesitas una amiga a quien consultar un caso y una cosa, ambas de amor?

Pues bien, si aceptas mi sincera amistad, puedes consultarme cuanto quieras, en la seguridad de que esta amiguita te consolará, te alegrará, y con su carácter de chiquilla, te hará pasar buenos ratos.

Yo quiero ser tu *hada* protectora; te haré vivir en un país de ensueño, en el que se realiza todo lo imposible de los sueños.

No creo que seas tan desgraciado (yo también soy incomprendida). Creo comprenderte. ¿Acertaré?

Desde hoy, tu amiga

DELIRIO.



A Clara.—Me consideraría honradísimo si lograra ser el amigo que usted desea.

Soy español, muy español, no obstante haber pasado años en el Nuevo Mundo.

Educada usted en la libre Inglaterra, y educado yo en la no menos libre América, nuestros sentimientos forzosamente han de tener muchos puntos de afinidad.

Su lenguaje, algo duro cuando del sexo fuerte se trata, no me extraña, aunque lo juzgo exagerado. Cada país, mi distinguida señorita, tiene su idiosincrasia, y lo que en los Estados Unidos, pongo por nación, resulta naturalísimo, aquí en España no se concibe.

Los españoles somos como somos —y no es paradoja—, tenemos personalidad propia: vicios, virtudes, cualidades, rasgos, etc., netamente nuestros.

Mas perdone si me extiendo en estas consideraciones, sin saber aún que la amistad que brindo será aceptada.

Beso sus pies y espero

CATÓN.

A Clarita.—*Servió*, ¡soy de Sevilla... y ole! —¡Bien por las discretísimas líneas de la valencianita! ¡Ah, Valencia, cómo rememoro mi infancia allí transcurrida! ¡Prodigios de luz y de perspectiva en tus playas únicas! Si algún pueblo recogió la herencia helénica, fué Valencia; ved sus mujeres: tienen la gracia clásica de una Penelope, de una Anadiómena, de..., ¡ay, perdón!, porque yo soy, en efecto, de los pocos que saben hablar con una muchacha sin decirle «que es bonita», y otras cosas por el estilo. Precisamente lo que más echamos de menos en el sexo *complementario* (algunas veces *suplementario*...), es su altura intelectual, sobre todo los que tenemos formado de vosotras el concepto de que debéis ser algo más que un lindo «bibelot», una flor deliciosa de aspirar. Y hay cada provincianita (y cortesanita, claro, lo sé por experiencia) que le deja a uno helado. ¡De qué hablar con ellas, santo Dios! Y así, al tercer día, agotados los chismecillos locales y el chismorreó, hay que huir a sesenta por hora, diciendo para *inter nos*: «¡Lástima de muchacha, tan mona como es...!» Claro, y de ahí que nos decidamos a pagar gustosos el aumento de soltería...

Por esto consuela un poco ver muchachas como tú, Clarita, que parecen preocuparse por su intelecto. Yo te hablaría ahora de mil cosas; pero, ya ves, el espacio no da de sí. Vaya, me voy, porque me *empujan*...

Adiós, Clarita, tú siempre fiel amigo

CYRANO.

A. Poluí.—De modo que usted prefiere en la mujer modernismo, atletismo, futbolismo y demás tonterías análogas, juntamente con un léxico donde se emplean los términos siguientes: bestial, estupendo, horrores, jamón, machada, paparruchas, macana... ¡Oh, Manes del gran Cervantes!

En cambio, llama usted cursi a la muchacha sentimental, honesta, seria, delicada, femenina, amante de su casa, cuya misión divina (puesto que la ha sido señalada por Dios) es la de ser buena esposa y buena madre, y no la de andar a patadas o puñetazos con el prójimo, como cualquier camorrista.

Y usted, según propia confesión, es un caballero a la moderna.

Si es así el modernismo, entre un hombre *dernier cri* y el de las cavernas... me quedaría sin ninguno.

Bien está la educación física, que fortifica y vigoriza; pero en pequeñas dosis, con sobriedad y tacto.

Una vez... tenía yo un novio de quien hice la enormidad de enamorarme. Lo esperaba todas las tardes, alegre, anhelosa, emocionada, como se espera al joven que logra interesarnos.

Llegaba ¡rico mío!, y lejos de hacerme escuchar palabras amorosas, preñadas de ternura, henchidas de cariño y propias, en fin, del lugar y las circunstancias, llenaba mis oídos de *penalty*, *round*, *crochet*, *opecurts*, *ring*, *gongo*, *goal*, *córner*, *chut*, *meelé*, etc. Palabras que en mí producían el ruido de una cosa que zumba; el zángano, por ejemplo.

¡Qué calabazas le suministré, Sr. Poluí! ¡Estupendas, bestiales, horrosas, macanudas!!

¿Me perdona, Sr. Poluí, lo que pueda haber de mortificante para usted en estas líneas? ¿Verdad que sí, Sr. Poluí? Gracias de

LA SEÑORITA CLARIDADES.

Ramón.—En vista de que quieres una chica que te tome el pelo, ahí voy yo; pero con la condición de que contestarás, pues tengo ganas de tener un amigo incógnito; me parece una cosa estupenda de divertida.

Yo te diré que no soy muy mayor, pues sólo tengo diez y siete años, ¿y tú? Ya me contestarás diciéndome los que tienes. Soy muy morena, el pelo negro, ojos ídem, pestañas rizadas, nariz aguileña corta y dos lunares: uno arriado a la boca y otro en un hoyo que se me hace al reirme, así que ya me dirás si quieres conversación conmigo, y si te gusto; te advierto que me describo tal como soy, así que a ver si lo haces tú también para ver si me gustas. Tu amiga.

MARY SOL.
Santander.

Poluí.—¡Oh, oh..., mi muy estupendo Poluí!

Sabes atleta, ¡que... no me la das...! Me hueles a ultraromántico. Debes estar prendado de una delicadísima muñeca.

Lo que tú persigues es ver si realmente hay mujeres marimachos, para que los lectores se regocigen con ellas. ¡Cómo encubres bajo esta bizarra manera de expresarte, tu verdadera manera de ser! ¡Qué rabia te dará el que te haya conocido! Que sepa que eres un sentimental que oculta bajo bruscas maneras, un tesoro delicado.

Yo te aseguro que los hombres que se expresan como tú son deliciosos, si sólo es para pasar un rato de hilaridad; pero, si realmente son *así*, no gustarán a ninguna *mujer*.

No nos gustan los *descoyuntados* morales.

Perdón, mi bestial, digo, estupendo Poluí.

PALOMITA SIN HIEL.
Valencia.

Me dirijo a cualquier lector. ¿Por qué han querido tomar parte en esta sección? Para tratarnos no será, pues tendrán ustedes mil conocidas a quienes tratar personalmente. Me interesa conocer su idea. ¿Sería alguno de ustedes tan amable que calmara mi curiosidad? De todos modos no extrañen mi pregunta; pero es que sin poderlo remediar me escama su intromisión, y, ¡perdón por la palabra...!

AILEMA.

Fleur de Reve.—Estoy encantada sabiendo que te agrada mi amistad. ¡Es tan delicioso encontrar un alma que piensa y anhela como la nuestra!

He preguntado por el libro que me dices es tan lindo y original, pero no han sabido darme razón de él en las librerías. ¡Si vieras qué fastidio me da!

De Guy Chantepleure he leído varias: *L'Aventure d'Huguette*, *La folle Histoire de Fridoline* y *Ruinas en Flor*, son monísimas y entretenidas; pero te recomiendo especialmente *Esfinge Amorosa* y *Fiancée d'Avril*, pues son casi más lindas que *Lil*. Tengo oído que *Pasajera*, del mismo autor, es una maravilla; pero aún no la he leído.

Suponiendo me lo has de permitir, te hago la pregunta siguiente: ¿Tienes algún amigo incógnito? Me figuro debe ser muy distraído poder escribir con absoluta sinceridad a un desconocido que nunca llegará a conocernos. ¿Qué piensas tú?

He buscado tu nombre en los Concursos y no le he hallado. ¿Acaso la *Florecita* cambió entonces de nombre?

Espero me lo digas, y para demostrarte mi confianza te diré que al Concurso de Flirteo he enviado varios; uno de ellos está en los primeros números, es una poesía, y la firma comienza por Y.

¿Lo hallarás? Deseando hagas lo mismo, se despide hasta cuando quieras, tu amiga,

PIMPINELA.

A Salvador.—Leído lo que usted nos cuenta en el número de MUJER del día 18 de noviembre, me ofrezco como amiga consultora, por si mis consejos pueden servirle de algo y mi escasa perspicacia puede ver en lo que usted cuenta si existe esa burla que usted dice o solamente hay un exceso de impresionabilidad por parte de usted o una falsa apreciación de la realidad. Cuente y... ya veremos.

A María Aurora.—Con mucho gusto contesto a su pregunta, pues el tema me gusta. Creo que apadrinar a uno de los que luchan en Marruecos no es censurable, ni digno de elogio. Mi opinión es que, como distracción, puede pasar, pero nunca tomado en serio, pues, generalmente, ellos se burlan lindamente de las madrinas. Ahora que, burla burlando, una madrina que cumpla bien ese difícilísimo papel puede, quizá, influir en ellos, hacerles reflexionar sobre muchas cosas, y de este modo hacerles más hombres. Pero la que se decida a ser madrina debe blindarse primero, pues el militar siempre es militar, y como el objeto de la guerra es la conquista, ellos, como guerreros, no olvidan esto ni en la paz. Así es que la amistad entre madrinas y ahijados no deja de tener sus peligros, y por esto recomiendo a la que se decida que no se deje llevar de sensiblerías y que esté siempre al quite. La ventaja que esta amistad tiene para una mujer es que se curte su espíritu un poco con el trato rudo del militar; y esto no nos viene mal, pues en la época presente..., o curtirse o morir.

Hoy, sólo me he referido al militar de profesión; otro día, si hay ocasión, daré mi opinión sobre los ahijados soldados, humildes o distinguidos.

Mis atentos saludos.

SOY CUBANITA.
Madrid.

Poluí.—Muy bien, admirable, colosal, me parece que busques una amiga para hablar de deportes.

Primero te voy a decir cómo soy: me gusta el fútbol una barbaridad (como que estoy asociada en el «Madrid F. C.»), el atletismo me entusiasma, y mi debilidad es mi coche Citroen 5 HP.; en fin, soy una «chica» a la moderna.

¿Es así la amiga «jamón» que querías? Pues si así es, espero cuentas muchas cosas a

MARIUCHU F.
Madrid.



A «Palomita sin hiel».—Si no precisamente pesimista, no me negarás que eres un tanto mal pensada, que es algo parecido; te lo demuestra el que has creído te exponía yo tales opiniones por ganarme el aplauso de la galería. Estás completamente equivocada. ¿Cómo iba yo a ganarme ese aplauso si la galería, en su mayor parte, son mujeres? No he examinado las interrogaciones superficialmente; he tratado de llegar al fondo. ¿Opinas entonces que no he sabido llegar? No lo dudo; seré muy tonta, pero no me doy por vencida.

Y te contesto: Sí, prescindir de lo corriente y quedarse con las excepciones, según tú, escasas; según yo, no escasas. ¿Predestinar por esto al género humano al celibato? No. Muchos que a ti han de parecerse necios a otras les parecerán sublimes, y viceversa.

Yo no te he hablado de hombres intachables; los ángeles están en el cielo; yo te he dicho, y lo sostengo, que no me parecen tantos, los hombres malos que hay.

No dudo que, siguiendo tus consejos, me encontraría que el mundo es muy triste para quienes tienen que ganarse la vida y sólo cuentan con sus propios medios; pero no dejaría de tropezarme con mujeres y hombres buenos que hay en todas las escalas sociales, como hay malos, como hay ricos y pobres. El mal radica en la serpiente aquella que provocó a Eva a su primer pecado. ¿Remedio? Creo que no lo tiene; pero algo hará el que seamos buenos e indulgentes con los otros para que al menos, si no nos pagan con la misma moneda, haya ese número menos de malos.

No puedo contestar directamente a tu última pregunta porque partes de un punto falso. Una joven pobre, pero hermosa, es amada por ella misma, sí. Eso te demuestra que hay hombres desinteresados. Ahora bien, hermosa y rica, no queda casi siempre su belleza en segundo término, ya que siendo hermosa y rica es ella la que elige; así que no queda en la misma situación que la fea con dinero, ya que a ésta la eligen.

Por último te diré (perdona mi franqueza; es una de las condiciones para la buena amistad que yo deseo tengamos; el que no pensemos igual, *no le hace*), no eres sincera en el concurso «Lo pasado, lo presente, lo futuro»; dices que no temes ya nada y antes asegurabas temer a las mujeres y a los hombres. ¿Quieres decirme la verdad?

JOVEN, PERO MUJER.

Clara.—En Francia, en Inglaterra, en Alemania (el charco no lo atravesé) la mujer y el hombre pueden ser amigos, salir juntos de paseo, ir al club, preguntarse, consultarse, etc.; lo que se entiende por amigos.

En España, incógnita Clara, también creo lo hace el clima, el cielo, o por falta de educación en los hombres; soy de un clima muy cálido, el cielo muy azul, y, sin embargo, quiero probar por ver si soy una excepción.

Intentemos esa amistad y vayan también estos datos:

Soy español, educado en la misma, he viajado algo, conozco también las cosas de la vida tal-cual son, sin temer a nada ni a nadie más que a Dios. Yo no conozco a las mujeres, me adoro en ellas, las quiero, y, nada, que quiero tener también una amiga; ya lo ve, Clara.

MUR.

Tengo diez y siete años, el carácter alegre, gran afición a la lectura y a la música y, sobre todo, un gran deseo de tener una amiga o amigo a quien comunicar todas mis impresiones. ¿Lo encontraré por mediación de esta simpática sección?

LIRIO DEL VALLE.

¿Algún lector o lectora de esta sección querría aceptar la amistad que le brinda una chiquilla deseosa de encontrar una amistad sincera? ¿Sí? Pues cuente con el eterno agradecimiento de

ROSALINDA.

Crucificado.—Con su permiso voy a ayudarle a «llevar la vela», aunque sospecho voy a tener muchas rivales pues, contra lo que usted cree, le van a llover contestaciones y no precisamente de «feas». Soy la primera de la serie de mujeres que le gustan los feos, los «horriblemente feos» como usted; y aparte de una espléndida nariz con que me ha obsequiado el Todopoderoso, y de muy poca estatura y menos poco volumen, soy una criatura bastante mona (según dicen) y que, como no tiene abuela, se lo ha creído.

Puede, pues, entregarme esa amistad si cree que hace bien. En cuanto a las gracias, no hay de qué darlas, amigo Crucificado.

¿Su seudónimo es motivado por alguna cruz o por poner algo que no se le va a ocurrir a nadie? Deseo saberlo, si es que me va a entregar su amistad.

MISS CAÑAMÓN.

A Crucificado.—Aunque mi gusto no se inclina a lo feo, comprendo que los lazos que unen una amistad no es el atractivo físico, sino las cualidades morales; por lo tanto, me dirijo a Un Crucificado, por si se digna aceptar mi sincera amistad.

FLOR DE TÉ.

Crucificado.—Seguramente serán muchas las muchachas que le contesten; pero como yo también soy ¡tan fea!, le brindó una muy sincera amistad por si se fija en estas humildes líneas de una madrileña, que con toda el alma desea poder, tras la careta del seudónimo, quitarse la careta de la farsa, y con unos lazos de amistad verdadera, dar rienda suelta a su verdadero modo de pensar. ¿Seremos buenos amigos? ¿Verdad que sí, «feo»?

Sólo le pide que también en usted todo sea nobleza.

RUBITA.

A un Crucificado.—¿Un feo que ofrece su amistad y se conforma con la amistad de las feas? Aquí estoy yo.

UNA FEUCHA.

Tres valencianitas «bien».—Si sois valencianitas, sobra lo de «bien», porque se sobreentiende. Mis cuatro pelos están a vuestra disposición; y si Pitágoras no era un «pelanas», tocáis a pelo y un tercio... de pelo.

Voy a daros algunos detalles de mi persona para que comencéis vuestra divina tarea de tomarme la «melena». Ahora, que hacedlo de forma que yo no me entere. Sed piadosas, por caridad.

Soy madrileño, madrileño castizo (palabra que no voy a empezar el consabido cuplet).

«Ramón del alma mía», dice la canción infantil, ¿no?, pues bien: ese Ramón soy yo. ¿Queréis que os describa como soy?

Boca, rasgada y negra como el betún (como el betún negro); los ojos, como un piñón; las orejas, como el coral; los dientes, ligeramente rosados, y las encías, blancas como la nieve. No estoy mal, ¿verdad? Soy esbelto como Ortas. Mi voz argentina como la de Bonafé. Soy ingenuo como Romanones y tímido como Luis Esteso.

Mi profesión, macero del Excelentísimo Ayuntamiento.

Soltero, sin hijos, a pesar de mis cincuenta y dos años «corridos» (fui «chauffeur» antes de ahora).

Sé hacer taquigrafía y encaje de bolillos.

Y... no os digo más; no creáis que os estoy engañando. Suyísimo, mejor dicho, vuestísimo.

RAMÓN.

Ti-Bha, Fille d'Annan: No te exaltes, querida amiga, ¿que fuiste la primera en acudir a mi llamamiento?, ¿qué tu amistad es interesada?, ¿y hay, acaso, alguna que no lo sea? Retribución de simpatía, de afecto, de diversión...; pero, en fin, bendita tú que acudes solamente pidiendo un consejo inocente.

Y vaya, pues, mi consejo.

Tres años que te escribe y no dice nada de amor. Realmente tu «él» no es fogosillo, ni impulsivo; pero ahora una pregunta: ¿estás decidida a jugarle el todo por el todo? pues bien, cede en extensión postal y a su reproche inevitable y hasta presumible, responde con ese sí o no del que sois maestras las mujeres: «No puedo escribirte, porque esto puede interpretarse torcidamente por alguien que, por fin, se decidió a hablarme de amor».

Si ya no lo comprende «el amigazo», merece que le relegues al olvido; pero no por cachazudo, sino por ser bruto, como dicen que son los cerrojos.

Enemigo del matrimonio, no. Eso no. Si tú supieras... Pero, en fin, quizás lo sepas si es que no te llegaste hasta aquí para buscar una orientación momentánea... Si esto sucede, serás, como otras tantas, una amiga buena del momento mía, mía nada más que regular.

EL ETERNO AMIGO.

L. Cariñosa.—Leer su carta..., devorarla una y mil veces... Bendije esta adorable Revista y a unos ojos de mujer que pasaron por las líneas de la demanda de fraternal amistad.

Un apretón de manos, pues, y, si te parece, vamos a tutearnos para que nuestra amistad sea algo más íntima, casi familiar.

Francamente: creo que no te comprendo yo tampoco. ¿Que eres buena y amiga leal? ¿Que un interés que pudiéramos llamar amoroso te salió al paso cuando ibas en busca de amistad? Eso es lo corriente.

¡Qué saben la mayoría de los hombres españoles, que se creen descendientes directos del burlador de Sevilla, de amistad y cariño puro para la mujer! Saben molestarlas con requiebros groseros, con miradas impertinentes, con la presunción del Don Juan de Mozarrifar.

Esto es lo que veo en tus líneas, que contesto poniendo en las mías todo el sincero entusiasmo del que ya es tu mejor amigo.

Hortensia.—Acepto tu buena amistad. ¡Qué importa el sitio donde viste la primera luz! Sea, pues, nuestra amistad franca y leal desde ahora.

ROBERTO.

A las buenas amigas incógnitas:

Por crueles azares de la vida estoy separado de la familia; lejos, muy lejos de ella. ¡No he sabido jamás lo que es cariño! No sé tampoco lo que es la amistad franca de una mujer; porque aquí «Colombina» ofrece su corazón y rechaza una sincera camaradería las más de las veces por temor al odiado y eterno ¡qué dirán! Por ese motivo nunca he podido comunicar mis pesares, mis alegrías, mis inquietudes a nadie, para que pudiera aconsejarme en mis momentos difíciles y hacerme olvidar esta terrible soledad de espíritu, comunicándome el optimismo que nace de una amistad sincera entre dos almas que han nacido sola y exclusivamente para cultivar al unisono este tesoro, más difícil de obtener si para ello se ha de saltar por encima del amor.

Simpáticas amigas: ¿Permitiréis que continúe tan triste e incomunicado y empiece a dudar de una de vuestras más preciadas virtudes: la bondad del corazón? ¡No lo creo! En vosotras deposita su última esperanza vuestro amigo,

CARLOS.

Para White Iris.—Mi buena White Iris: No te desesperes. Las doctrinas de Jesús no podrán dejar jamás de imponerse. Jesús quiere que vivamos para el mutuo bien nuestro. Si por culpa nuestra no sufre nunca ningún semejante persecución ni pobreza, y, además, aún enmendamos yerros ajenos, la paz será con nosotros y la ventura también; porque, verdaderamente, sólo entonces reinará Jesús en nuestro corazón.

Deja, pues, a los demás que les llegue, por sus pasos contados, la hora de cumplir con la Ley Divina a fuerza de sufrir descalabros morales y materiales por su conducta equivocada. Porque tus llamamientos serán *vox clamanti in deserto*.

Es la propia experiencia lo que determina las conversiones, y no los llamamientos, consejos y sermones.

La lectura de libros ejemplares no causa el efecto deseado hasta que se ha vivido la vida de las pasiones materiales, o intentado vivirla, aunque no se haya conseguido.

Deja que primero haga cada criatura su *juventud* siendo joven. ¡Ay de la que no lo hace hasta más tarde! En fin, juzga por ti misma, y recuerda que Jesús no se nos apareció predicando sensatez y amor fraternal hasta los treinta años cumplidos.

Su misma Santidad el Papa convendrá con lo que digo.

Y nada más, mi querida Perla Irisada. Muy tuya

PALOMITA SIN HIEL.



María Aurora.—¿Eres tú, acaso, madrina de algún oficial que lucha en África? Ya que pides la opinión de una lectora sobre este asunto, allá va la mía:

Me parece muy bien todo lo que sea endulzar las horas de esos valientes que luchan por la Patria. Pero lo que no me parece bien, ni medio bien, es una muchacha que solicita ahijado (o, mejor dicho, novio) y expone su ideal: alto, moreno, de ojos negros y que tenga el grado de capitán. ¿Me negarás que lo que esta muchacha desea es un novio para que después se convierta en marido? Bueno, pues como ésta hay muchas, que al pensar apadrinar un oficial lo hacen con la esperanza de que ha de ser algo más que ahijado suyo. Por eso verás que son muy pocas las que apadrinan a los soldados. Yo, si me decidiera a ser madrina, lo sería de éstos, precisamente.

Por lo demás, la que sólo va con la buena intención, creo que no merece censura de nadie que sea español.

Mando todo lo que quieras a esta incógnita amiga.

LA DE CABELLOS DE INVIERNO.

Para los amigos incógnitos.—Precisamente estoy deseando tener un amigo sincero, un amigo que, aunque hable conmigo lo que hable, no se le ocurra llamarme bonita ni toda esa sarta de tonterías que algunos muchachos suelen emplear en su charla con una chica, hasta el punto de que hay que dejar la conversación, porque seguir hablando sería imposible.

Repito que deseo tener uno o varios amigos para distraerme un poco, porque en este rincón castellano donde me encuentro, y donde, desgraciadamente, tendré que pasar el invierno, no tengo ninguna diversión, excepto la que me proporciona la lectura de esta simpática Revista.

No quiero dirigirme precisamente a uno de vosotros: Ramón, Salvador, Roberto, etc. Quiero que todos vosotros os dirijáis a mí, contándome lo que os parezca; y en todo lo que mi espíritu sea capaz de comprenderos, estad seguros de que no os negará su amistad.

LA DE CABELLOS DE INVIERNO.

Para el firmante Ramón, del número 12.—¿Busca usted una señorita que esté dispuesta a tomarle el pelo? ¿No será usted el de la tomadura de cabello? Pero yo deseo que no sea usted ni una cosa ni otra; prefiero una buena amistad.

Y ahora, dígame: ¿Por qué le llama usted a esto flirteo? Yo no lo entiendo como tal. Para mí, *flirt* es hacer el oso; y una mujer que se precie de serlo no hace tal cosa; y creo que lo que esta sección de correspondencia entre hombre y mujer significa no es *flirt*; como usted pretende; es algo más elevado, es *amistad* pura y simplemente.

Pero usted pensará que por qué demonios, odiando el *flirt*, fui a escoger su artículo: pues, simplemente, entre todos los que leí, el suyo era el más optimista, y como yo adoro el optimismo y las personas que lo son, de ahí mi elección.

Mas he aquí que yo me figuraba que entablar correspondencia con un caballero era una cosa facilísima; pero veo que no lo es. Porque, señor, no sé que decirle a usted: lo mejor será que me las diga usted a mí; así romperemos el hielo.

¿Fuma usted, amigo Ramón? ¿Le gusta la música? ¿Estudia usted o trabaja? ¿Lleva bigote o no? (le recomiendo que, aunque lleve usted bigote, me diga que no; odio los hombres con bigote); y... ya he acabado el repertorio; no sé qué preguntarle a usted más. Le debo parecer muy tonta, ¿verdad? Lo mejor será que no me conteste usted nada de lo que le pregunto (menos lo del bigote); sería deshacer el incógnito.

Le ofrece su amistad y le saluda, incógnitamente,

PETITE FEE.

A Salvador.—Supongo serán muchas las amigas incógnitas que se te ofrezcan; pero como yo también deseo un sincero amigo con quien poder expansionarme sin temor a que mis sentimientos sean mal interpretados, me ofrezco a ti. Tú serás quien decida si nuestra amistad se ha de llevar a cabo.

M.

Polín.—¿Conque quieres tener una amiga atleta y que entienda de fútbol?

Para mí no hay nada más horrible que una mujer de ese modo. En cuanto al fútbol, lo detesto. La pocas veces que he ido a ver jugar me he aburrido lo indecible. Esto no quiere decir que no me gusten los deportes; la equitación me entusiasma. Yo no soy nada moderna, puesto que me gusta la literatura; las flores y los versos me encantan.

Todo esto es muy cursi, más propio del siglo pasado que de éste, en que las mujeres se han empeñado en copiar a los hombres.

Yo, afortunadamente, no me encuentro entre esas mujeres, y créeme: estoy muy contenta de ser como soy; todo lo cursi que tú quieras; pero ante todo, feminidad. ¿Es que para ser moderna se necesita decir «brutal», «bestial» y «jamón»? A mí me suenan muy mal esas palabras. Claro que soy una antigua. Tú eres, según dices, un hombre modernista. Tus ideas son, por completo, opuestas a las mías; por eso no podemos ser amigos.

LA FLOR DE LA ALDEA.

A Ramón.—¿Conque en esta misma sección podemos ofrecer un ejemplo práctico? Conforme. Empiezo por pedir a usted su biografía moral y física.

¿Es atrevida mi petición? Queda esperando su respuesta

UNA PROVINCIANA.

Amigo incógnito Roberto: Aquí hay una lectora que ha leído con interés sus líneas. Quiero ser su amiga que le aconseje, si algún consejo necesita.

MARÍA.

A Una criolla.—Desea usted un amigo leal, y yo quiero una amiguita que quiera comprender y saber las penas de un militar que une a los trabajos de la milicia el muchísimo mayor de tener que estudiar, sin ningún recuerdo que en sus ratos de ocio entreteña sus dolores.

Pide usted sinceridad y franqueza, y ¿eso no es nada? Menos mal que no tendré que frontar su mirada si alguna vez la escribo con demasiada sinceridad.

Espera impaciente la primera carta de su amiguita o madrina de paz,

FRANCISCO DE P.

A todas.—En el frívolo y superficial ambiente de una reunión social ha ocurrido que se establece una polémica acerca de las ventajas e inconvenientes del tacón alto, pues mientras algunas damas lo recomendaban, como creador de la gracia y de la belleza del pie femenino, otras, en cambio, lo proscribían, como causante de innumerables molestias y enfermedades, hasta que, tras de mucho discutir sin resolver asunto tan importante, decidimos llevarlo al tribunal público de MUJER, para que nuestras incógnitas amigas decidan si es de recomendarse el uso del tacón alto.

VICTORIA.

Amigo Crucificado: Compadecería a usted por ser tan feo; pero no dudo de que si físicamente vale poco, moralmente estará compensado, y es preferible. Lo material es polvo.

Dígame si acepta la amistad de una fea, que por esa parte está muy conforme con usted.

PASIÓN.

A Crucificado.—¿Pero tan refinado eres que crees no gustar a nadie? Veo en ti un exceso de modestia enorme de grande, cosa bien rara entre vosotros hoy en día, y para que te consuelo un poquito, voy a decirte una cosa que, vamos, creo que con ella no te sentirás tan feo. Es muy vulgar: «El hombre y el oso, contra más feo más hermosos», ¿te gusta?

En los tiempos que corremos, amigo Crucificado, las mujeres preferimos a los hombres feos, pues así estamos seguras de que las amigas no nos lo quitarán.

Cuenta con la amistad sincera de una que no es fea del todo.

CONDESA DE MATTES.

Amigo incógnito.—Quisiera saber en qué concepto tienes a las «carabinas». Yo las detesto. Eso de no poder ir sola a ninguna parte es horroroso; y si encima se le ocurre venir a mamá, ¡la caraba! chico, un plan ostra para toda la tarde.

¿Qué te parece del nuevo modelo de «Fiat»?

NINÍ.

Alma Criolla.—Muy cruel hubiera sido el azar si al leer las cartas de «Amigas y amigos incógnitos» de la joven y ya prestigiosa Revista MUJER hubiera dispuesto que la sentida y delicada misiva de Alma Criolla pasara desapercibida para el que, sin conocerla, se siente identificado con ella en el deseo de hallar un alma exquisita que comprenda el sentido exacto de la amistad, de esa amistad sólida, con una gran altura de miras, sin pretender pasar el límite que marca dicho sentimiento, y con él poder expresar al alma amiga todas las dudas y amarguras de mi corazón, joven por la edad, viejo por las crueldades del destino.

¿Querrá Alma Criolla, con su amistad, ser el bálsamo vivificador de esta alma incomprendida que sufre y calla en silencio toda su triste soledad?

Sólo la esperanza de poder ser el débil eco de la ilusión que usted siente, y ser correspondido, es lo que me impele a ofrecerme a la desconocida amiga.

¿Tendrán estas mal pergeñadas líneas elocuencia suficiente para que simpaticemos Alma Criolla y...

CARLOS?

Amigos incógnitos: He leído esta sección y me decido a escribiros, a ver cuál de vosotros es el más simpático que me contesta.

Quiero haceros una pregunta:

¿Qué concepto os merece una chica que gustándole un muchacho y viendo que él no se decide, se declara ella a él?

Me contestaréis, ¿verdad?

MONINA.

Amiga incógnita: En secreto te voy a hacer mi confidencia. ¡Por Dios, no me descubras!, pues, como verás, mi consulta no es propia para ellos... ¿Podrías darme un consejo para encontrar un novio? Espera un poco, no te precipites tanto en responder; ya sé que un novio es cosa facilísima, ¡los hay de saldo!, pero en cuanto me explique algo más, verás que no es cosa tan sencilla. Ante todo quiero que sea un hombre... No creas que esto está de más, pues los pollos «bien» de hoy día, afeminados y diciendo «bestial», me hacen el efecto de muñecos; pero de hombres, jamás. Así, que quedamos en que quiero que sea un hombre de veras y serio, muy serio. Detesto los piropos repetidos una y otra vez hasta la saciedad, y los muchachos que son igual con todas y a todas abren su corazón, y prefiero los que son retraídos —más bien ogros— hasta que encuentran una que es para ellos la excepción. Yo no sé si existen esos hombres, si hay muchos o pocos; lo que sé es que de esos no me sale uno. ¿Conoces alguna receta de efecto seguro?

Te lo agradecerá siempre

FLOR DE FUEGO.

Amigos incógnitos: Muchos de vosotros leeréis estas líneas, mas ¿cuál será el que se decida a coger la pluma para contestar a esta amiga incógnita?... Soy una muchachita que hace poco abandonó el colegio y quiero haceros unas preguntas. Vosotros, que tendréis más experiencia que yo, decidme: ¿Es el mundo tan malo como lo pintan?... ¿Es cierto que en él todo es hipocresía?... ¿Puede hallarse la felicidad y el amor desinteresado?...

Impaciente lo espera quien mucho lo agradecerá.

NENNA.



¿Quién me oirá de vosotras, amiguitas? Yo creo que me oirá alguna y tendré lo que busco: una buena amiga que nos queramos mucho, ¿aceptas? Verás, yo quiero que seas como yo, que congeniemos y que tengas la misma manera de pensar que yo, y quiero que tengas también diez y siete años. Tú me contarás tus penas y tus alegrías y yo haré lo mismo; en fin, quiero que de aquí, incógnitamente, salga la verdadera amistad que no he podido encontrar en mis amigas. Mira, amiga mía, estoy encantada con que en MUJER se puedan escribir chicas y chicos, ¿no te parece? Yo quisiera escribir a un amiguito; dame tu opinión sobre esto y contéstame prontito.

Ya ves, sin saber si me vas a contestar o no, te quiere ya

CONSTANCE TALMADGE.

A Polín.—¡Por fin encuentro mi tipo! ¡Oh Polín, amigo mío, qué feliz he sido al leer tu carta! ¿Cómo es posible que haya encontrado al atleta de mis sueños? ¡Ah, esto sí que es un sueño! Verás, mi ya buen amigo; tú también has encontrado a tu atleta; sí, soy atleta. Mira, figúrate a una mujer boxeando, jugando al foot-ball. ¡Ah, pero lo que más me gusta es boxear! Si me vieras, a ti te gustan las mujeres así, te emocionabas. ¡Con lo bonito que es en una mujer todo esto, ¿verdad? Porque delicadas, románticas, femeninas hay muchas: todas son así. ¡Oh!, pero atletas como yo hay pocas. Verás cómo soy. Estás viendo una mujer corpulenta, musculatosa; en fin, una muchacha como tú quieres.

Pues ¿y tú? Te figuro un hombre fuerte, también de músculos: un Carpentier.

No sé cómo explicarte la alegría que me dió al ver que ya hay una persona que no discute conmigo en contra de mis ideas; en fin, chico, ¡¡colosal!! Es esta correspondencia ¡¡la caraba...!! en «moto», pues supongo que un deportista como tú eres, la tendrá y sabrá guiarla. Espero que habiendo encontrado una atleta la seguirás escribiendo y ella te contestará contándote sus progresos y sus éxitos en toda clase de deportes, porque todos los practico, ¿sabes? Contéstame prontito y mitiga esta ansiedad de saber de ti a

UNA NIÑA «JAMÓN».

Roberto.—Mi amigo desconocido: Me dirijo a usted por creerlo sincero, bueno (¿me equivoco?) y, además, porque me ha gustado su manera de escribir. ¿Le sucederá a usted lo mismo? No sé: pero para el caso es igual.

Ya ve cómo eran infundadas sus sospechas. No hay ninguna mujer capaz de leer indiferente unas líneas escritas por un hombre desconocido, y más cuando, como en este caso, éste le brinda su amistad. Además, créame, cuando leí su párrafo me pareció (le ruego no censure esta tontería) que éste iba dedicado a mí, y siendo así, mi obligación era contestarle. ¿No le parece?

Ahora, Roberto, le voy a hacer a usted una pregunta, que espero me contestará con toda franqueza:

Yo tengo un ahijado de guerra. ¿Hago mal en ello? En mi casa, se oponen rotundamente; estoy cansada de oír todos los días el mismo disco: que si se burlan de nosotras, que si somos la diversión de todo el regimiento, etc. ¿Opina usted igual? ¿Cree que hago mal en escribirle? Ya hace un año que soy su madrina, y, claro está, me apena mucho la idea de tener que dejarlo; pero es también un poco triste pensar que, yo que le escribo con la idea de consolarlo, que procuro que mis cartas sean expansivas y alegres a fin de que le sirvan de alguna alegría, él, a lo mejor se esté riendo de mí y sean mis cartas motivo de guasa para él y para todos sus compañeros.

Por eso le pido, Roberto, que me aconseje en este caso, tan difícil de resolver por mí sola.

Agradeciéndole se moleste en contestarme, le saluda afectuosamente su nueva amiga

LOLÍN.

Pimpinela y Fleur de Reve.—Me gustaría mucho charlar también con ustedes de nuestras lecturas, pues veo que tenemos gustos muy parecidos. Yo también, de los autores franceses, los que prefiero son: Dely, Ardel, Chantepleure, Greville, Lichtemberger, y de ingleses, Florence Barclay, B. Ruch, B. d'Orczy, etc. Y las novelas de Marlitt, ¿las conocen ustedes? Simpática Fleur, si lee de Chantepleure *La pasajera*, creo le gustará tanto como la que ya conoce. Reciban las dos mis afectuosos saludos.

Y am fond of the jazz-band.—Qué éxito, chica, no te lo esperabas, ¿verdad? Ten cuidado con esos vuelos, pues podrías encontrarte en el aire con un globo perdido y... el choque sería horrible.

Y, para terminar, un saludo a la redonda; pero en especial, para Uua mujer mujer, Puebla de los Angeles, María Ignacia (¿no la veremos tomar parte en nuestras charlas?) y Un aviador.

CRISANTEMO ROSA.

Un aviador.—¿Por qué dice: «Pero ¡oh fatalidad!, odio a los enamorados»? ¿Es que a usted les son simpáticos? Pero, bueno, veo que he empezado mal; debí haber dicho: encantada con su amistad; me parece muy bien que seamos amigos incógnitos. Pero ¿qué le vamos a hacer si me ha salido así? Lo que me gusta mucho es que sea usted aviador, (¿lo es verdaderamente?); no me entusiasma tanto el que sea madrileño, aunque usted hace muy bien en tenerlo a mucha honra. Nadie debe renegar de su patria chica; pero a mí me parece que los gatos son un poco..., ¿cómo le diría yo?... un poco..., (¡qué cómodos son los puntos suspensivos!) Lo que me gusta de los gatos son los ojos. ¿De qué color son los suyos?

Y AM FOND OF THE JAZZ-BAND.

Alma criolla.—Entusiasta de la belleza y de la estética, lo soy, por consecuencia, de todo lo bello, y ¿qué más bello que la amistad verdadera, franca y leal?

Por desgracia, pocos, muy pocos casos, encontré en mis viajes de esta amistad que podríamos llamar «ideal».

Por eso, al leer en MUJER, esa simpática y completa Revista, única española a la altura de las extranjeras, su demanda, encantadora señorita, me apresuro a contestar, yo que en una época consideré esa amistad de que usted habla como utopía irrealizable.

MANUEL V.

Alma criolla.—Querida amiguita (si es que acepta mi amistad): Al fin, leo una esquila que encuentre sincera, feliz y simpática. Yo también soy entusiasta de la franqueza, y no veo que seas exigente al pedir a una amistad su principal requisito: la franqueza. Si tengo la feliz suerte de recibir tu contestación, dime, ante todo, cuál es tu tierra natal. Yo soy sevillana, y en mí quizás encuentres un alma fuerte y un corazón no del todo egoísta, y me figuro te veo a ti igual, ¿no? Mil gracias y espera, ya queriéndote, tus noticias,

LYNOMA XXIII.

Amigo incógnito.—Lo primero que voy a decir al amigo incógnito va a ser una pregunta: Ya que eres hombre, dime qué debo hacer para conquistar a cierta persona. Si me sale bien, seré tu mejor amiga y no sabrás nunca lo que te lo agradeceré.

No sabes, ¡oh amigo!, lo que me ha gustado siempre escribirme con un chico sin conocerle.

Más adelante, ya hablaremos de nuestros gustos, pues hoy estoy muy impaciente por saber la contestación.

OJOS DE ESFINGE.

Roberto.—Leyendo la correspondencia de amigas y amigos incógnitos que publica la Revista MUJER, y viendo las preguntas «¿Me escucháis?» o «¿Pasaréis vuestros ojos indiferentes por estas líneas?», y que espera contestación que le sirva de consuelo y no quede inescuchado, me decido a escribirle a fin de curar las heridas que producen las zarzas del camino a que usted alude.

No tengo inconveniente en sostener esa correspondencia que pide sabiendo que hago bien a un semejante y ser, si es posible, su ángel tutelar, ya que, como usted indica, eso es la mujer.

MARGOT.

Y am looking for a friend.—Quisiera tener un buen amigo desconocido que me contase sus ilusiones y sus penas, y al mismo tiempo contarle las mías.

Soy morena y con melenita; tengo el carácter alegre y franco; las personas serias me asustan. Por hoy, no pongo más de mí. La persona que me conteste le ruego me diga algo de su fisonomía y carácter personal.

CARA DE MÁRMOL.

Mari-Sol.—¿Que tiene miedo a que nadie le responda? Pues deséchelo, porque mi contestación-ofrecimiento la demostrará lo infundado de tales temores y que su espera ha sido coronada por el éxito.

La soledad casi siempre ha reinado en torno mío, no porque el aislamiento me atraiga, sino porque mi paso por el mundo me ha hecho ver que amistad, compañerismo, amor..., todo es falso, y que sólo el interés, el egoísmo y las malas pasiones son las que imperan en todos los órdenes de la vida, disfrazados estos últimos sentimientos por la hipocresía, que hace se esconda avergonzada su leal enemiga la franqueza.

Yo también la brindo mi amistad sincera y franca, franca hasta hacer daño..., pues la verdad es amarga. Esto me permitirá comunicar mis pensamientos, fiel reflejo de mis cualidades morales, a otra persona que, escudada en el misterio, me hará partícipe de las suyas; pero suplicándola el incógnito más absoluto para que la realidad no pueda matar nunca la ilusión. También espero...

DESCONOCIDO.

Futura y desconocida amiga.—Como muchos otros lectores y contribuyentes a este simpático concurso de la amena y tan apreciada revista MUJER, debería comenzar exponiendo mi simple, pero razonable temor. Mas soy hombre y español: siempre adelante, venciendo trabas y obstáculos artificiosos, hasta encontrar a mi jovencita soñada, rubia y menuda (¿soy exigente?), gentil, simpática, agraciada, amiga futura y... ¿Querrás contestar al hombre esperanzado?... Si, eres mujer. ¿Qué deduces de mi primer y sucinto escrito?... ¿Soy pesado y pelma, o demasiado varonil y brusco, o... romántico?... ¿Soy tu tipo? Contéstame; nos corresponderemos: siempre adelante.

ESPAÑOLITO.

Barcelona.

Crucificado.—Me encantan los hombres feos, me parecen más hombres que los guapos. En mis diez y nueve años no he conocido a un hombre guapo que no presuma de serlo. Y, a mi juicio, nada hay tan insoportable como eso.

Los feos admiran más los encantos de una muchacha bonita; los guapos tienen suficiente con admirarse ellos, padecen la enfermedad del narcisismo.

Ahora ya sabe que hay quien aprecie lo feo y está dispuesta a admitir esa amistad que quiere entregar.

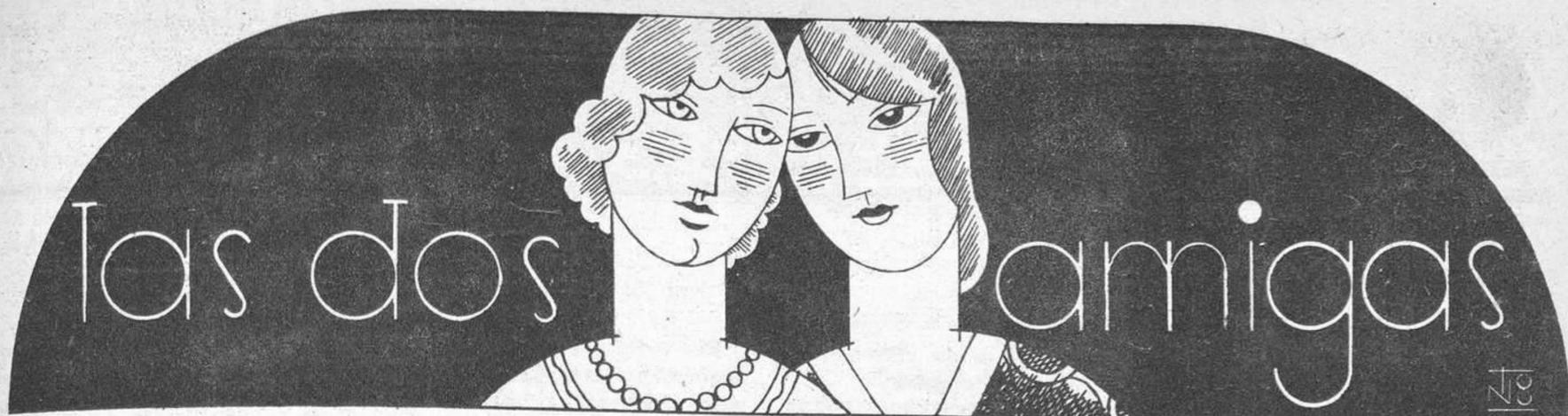
R. L.

Vitoria.

Para Marel.—Puedo estar contenta: perdí un block, pero he encontrado a una amiga, a la amiga ideal, puesto que no la conoceré nunca. ¿Perdonar su indiscreción? No es posible, porque no sólo no considero indiscreto lo que usted hizo, sino que hasta se lo agradezco. Cuando perdí el block... Franqueza ante todo: Yo no perdí el block, lo dejé en el coche por mi voluntad, como hubiera dejado aquel día todo lo que llevaba conmigo (creo que me hubiera dejado a mí misma, de haber sido posible); y al dejar el block, pensaba que no volvería a tener noticias de él. Por eso, al leer su carta en MUJER experimenté esa dulce emoción que se siente al encontrar un antiguo amigo, al que no se piensa ver más. Porque usted, sin saberlo, fué mi amiga al regresar de Burgos a Madrid con mi block entre las manos. Y ¿cómo no continuar una amistad iniciada de una manera tan poco corriente?

Escribame pronto, que necesito su amistad, y guarde el block, que es un retrato espiritual de la que desde hoy tiene el propósito de ser una de sus mejores amigas.

ÁGUEDA PÍA.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

Y añadió, en voz baja:

—Yo también le amo. Seremos muy dichosos.

Hablaron hasta la hora de la comida; y después, hasta muy tarde. Hablaron de Mauricio, del *trousseau* que empezaba a preparar, de la vida que llevarían; de Clara, a quien era preciso casar.

—¡Oh!, yo me quedaré solterona.

—¡No! ¡Te digo que no! Te buscaré un marido, ya verás. Quiero que también tú seas muy dichosa. Te encontraremos un muchacho amable, bien educado, capaz de hacer tu felicidad.

Dejó a su amiga con esta idea. Se oyó la voz de la señora Angerolle que gritaba desde su alcoba:

—¿Queréis acostaros? ¡No sois nada razonables! Son las doce y aún os oigo charlar. Tenéis tantos días delante de vosotras para charlar... Odette, mañana te encontrarás fatigada y tendrás que estar todo el día en la *chaise-longue*.

—¡Eso sí que no! El primer día de tu estancia en Menton quiero hacerte los honores de la ciudad. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Se abrazaron largamente. Odette se marchó a su cuarto. Abrió la puerta. Una atmósfera de yodo le llegó a las narices. Experimentó una singular repulsión al penetrar en aquella alcoba, que conservaba un persistente olor de hospital, a pesar de la ventana abierta, de los frascos de perfume, tan a menudo destapados.

Una vez más la joven se puso de bruces entre las columnas de la galería.

Sonaba tristemente.

Una idea había germinado en su cerebro. ¿De dónde procedía aquella idea? ¿Qué día, desde cuándo, a propósito de qué había caído en el cerebro de la enferma? No hubiese sabido precisar la fecha ni encontrar las circunstancias.

Al principio pensaba: «¡Tengo un catarro pertinaz!». A la larga, añadió: «¡Quisiera curarme pronto de este maldito catarro!». Sin saber cómo, se acostumbró a decir: «¡Felizmente no estoy enferma!». Sí; fué de este modo cómo la palabra y la idea se filtraron entre las otras palabras y las otras ideas.

La idea, sin embargo, ya no se apartaba de ella. Tomaba posiciones. Odette recordó la visita a Bourgogne, la conversación en voz baja entre su madre y el doctor, al despedirse, y aquel relámpago de inquietud que tuvo al oírles cuchichear en el umbral de la puerta del despacho. Después, recuerdos de antiguas lecturas se sucedían ante su juicio atento y preocupado. Perdía el apetito, adelgazaba; sentía cómo cada día le atacaba la fiebre por las tardes, hacia las seis, y cómo poco a poco su cuerpo iba perdiendo fuerzas.

No dijo nada a su madre para no entristecerla. Debía estar enterada... Bourgogne le habría explicado... Pero se figuraría probablemente que su chiquilla lo ignoraba. Y Odette no quería desengañar a su madre. ¿Para qué? Valía mucho más aparentar ignorancia, dejar creer a sus padres que era dichosa, que no tenía la menor sospecha de nada.

Meditó con los ojos hacia las estrellas. ¿Mauricio, que era médico, lo habría descubierto, conocería la triste verdad? ¿Se callaba voluntariamente? ¿Era cómplice de sus padres? ¡Oh! no, no hubiese pedido la mano de una enferma, o se habría alejado con un pretexto cualquiera. Estas cosas se ven todos los días. ¡De qué modo le habló en la barriada de Garavan! Sin duda se daba cuenta del mal, pero lo creía curable; deseaba inclusive adelantar la fecha de la boda.

Entró en la alcoba, se desnudó, se acostó. Sintióse invadida de una gran laxitud. Se durmió al fin, muy cansada, pensando en Mauricio.

XXII

Al día siguiente corrió al cuarto de Clara para organizar el programa del día.

—Por de pronto —le dijo— visitaremos la ciudad.

—Tengo precisamente dos o tres cosas que comprar; iremos de tiendas.

Salieron las dos juntas. Odette se había puesto su vestido blanco.

—Qué bonita eres— observó Clara, sonriendo, mientras una ligera amargura velaba su voz.

Ella, la muchacha pobre, llevaba un vestido color fresa, cuyo corte y adornos no eran apropiados para una estación termal de bajo y esa especie de calzado, a la vez pretencioso y poco cómodo, que los tenderos llaman de «lujo y todo llevar».

En la calle de San Miguel, que es la principal, la gran calle comercial de Menton, entraron en una mercería. El escaparate oculta-

ba a las dos muchachas que estaban frente a la Caja. La tendera ponderaba la mercancía a Clara, aún indecisa, que cogía y volvía a coger los objetos. Odette miraba distraídamente, con un ojo vuelto hacia la animada calle.

—¡Mauricio!

Nada más que a este grito se había podido adivinar que adoraba a aquel hombre, que pensaba en él sin cesar, que se emocionaba al verle, como herida por el poder magnético del amor.

Clara, al volver la cabeza, dijo:

—Sí, es él.

Echó unas monedas en el mostrador. Odette tuvo una idea de pilluelo.

—Sigámosle sin que él se dé cuenta. Probablemente va a casa.

No. No iba a casa. Tomó por una callejuela transversal que conducía al Museo, y apretó el paso.

—¿A dónde irá? —preguntó Odette en voz alta.

Después se puso colorada. Delante de él iba una mujer sin nada a la cabeza; alguna muchacha del país, seguramente. Se veía que quería alcanzarla.

La mayor parte de las jóvenes de Menton son bonitas. De mediana estatura, opulentas, llenas, dan una agradable impresión de salud, fuerza y energía. Tienen como una blancura lechosa, suave. En ella resaltan los cabellos, negros, muy negros, y las pestañas, bajo las cuales se esconden unas pupilas de azabache.

Mauricio seguía a la bella *mentonesa*.

De vez en cuando, con un movimiento de hombre acostumbrado a los deportes violentos, ensanchaba las espaldas bajo el traje color tabaco, que le sentaba muy bien, y que tanto gustaba a Odette.

La joven sintió en el corazón un dolor agudo. Era como un cuchillo invisible, fino, muy fino, que le causaba una especie de herida, por la que se vertía la confianza. Pensaba en aquel paseo por la barriada de Garavan. ¡De modo que después de haberle hablado, él, su Mauricio, de una manera tan tierna y apasionada, se ponía a mirar y a seguir a aquella mujer!

¡Qué traición! ¿De modo que no guardaba en todo tiempo y en todo lugar el perpetuo recuerdo de su prometida?

—¡Ah! ¡Los hombres! —exclamó Clara.

Miraba a su amiga con una sonrisa sarcástica.

Odette penetraba en los secretos pensamientos de su compañera. ¡He ahí cómo se portaba ese Mauricio que pretendía amar a su prometida! ¡La pobre! Se había dejado coger con hermosas frases. ¡Verdaderamente, para un enamorado, era voluble en exceso!

Mauricio había pasado delante de la morena *mentonesa*.

Debió dirigirle algún piropo. Ella se volvió a mirarle. Rióse. Se retiró hacia la izquierda, para evitar la proximidad de aquel joven demasiado atrevido. El titubeó, se detuvo y se retiró siguiéndola con la mirada.

—Vámonos a casa, dijo Odette.

Después de dar unos cuantos pasos, cambió de parecer y declaró con cierta dejadez:

—No. Es demasiado pronto. Si quieres, iremos a oír la música.

Clara consintió con un servilismo de muchacha pobre.

Odette, que comprendió que la miraba, no dijo una palabra de la *mentonesa* y se puso a charlar de cosas indiferentes.

En el paseo encontraron a los Chanay y a Marta Guillaume, que trabaron conocimiento con la señorita Vimereux.

¡Toma! ¡Ivona Borio no está hoy en el paseo! —observó Odette por decir algo.

Todos se fijaron en la ausencia de la actriz.

—Tiene muy mal aspecto —dijo la señora Chanay.

—Me parece que está muy enferma—añadió la viudita Guillaume.

Y Susana añadió:

—¡Ivona Bosio, no llegará a la primavera!

Se habló de diversos papeles interpretados por ella. Todos los que se encontraban allí habían visto a la joven en alguna obra, daban su opinión.

—Ayer vino, pero ya no se podía mover —dijo la señora Guillaume.

—He aquí el señor de Ansauvillers —exclamó Clara.

Mauricio se acercaba lentamente por el parapeto de la explanada.

Saludó. La viudita levantó hacia él sus ojos llenos de admiración. ¿No había dicho un día a Odette: «¡Es encantador su novio..., y además es un buen mozo!»? La joven recordaba estas palabras..., y sorprendió la mirada de la viuda.

Mauricio se inclinó ante ella con una especie de lento recogimiento, como si saborease el placer de saludarla; y el gesto y la ex-



DOS AMIGAS

(Continuación.)

presión de las pupilas azules del doctor significaban claramente: «¡Me gusta estar a su lado! ¡La encuentro muy de mi gusto!»

Iguals gestos tuvo para su novia, a quien dijo en tono familiar de hombre ya en posesión de la intimidad de una mujer:

—Vengo de la villa. Allí me han dicho que estabas aquí.

—Te he visto frente a la alcaldía.

Se puso un poco colorado, a pesar de su aplomo, a causa de la *mentonesa*, y contestó en un tono de tierno reproche:

—Debías haberme llamado.

—Te encontraba demasiado lejos de mí en aquel momento.

El comprendió el sentido de la frase. Se miraron a los ojos. Y como Susana Chanay proponía: «Vamos a acompañar a los novios un poquitín», se puso al lado de Odette. Los demás les siguieron. Ella sorprendió a Marta Guillaume cuchicheando con Clara:

—¡Qué linda pareja!

¡Se perdonan muchas cosas al hombre que da motivo a oír estas reflexiones!

XXIII

—¡Vamos a tener una batalla de flores!

—¡Oh! ¡Cómo me gustan estas fiestas! —exclamó la viudita desde el otro extremo del salón.

Todo el grupo de amigos tomaba el té en casa de los Angerolle. Estaban Mauricio, los Chanay, la joven viuda y Clara.

La señora Angerolle ocupaba un butacón junto a la chimenea. Odette estaba sentada entre almohadones, en el diván del fondo de la sala, entre Clara y Marta Guillaume. El doctor se había instalado frente a ellas, en un taburete.

Daba pormenores acerca de las fiestas ofrecidas a los invernantes. Su novia escuchaba. Hacía unos días que le costaba un esfuerzo levantarse, salir, sentarse a la mesa o en el salón. Tosía con más frecuencia, de una manera agotadora. Ponía toda su voluntad en seguir compartiendo la vida que llevaban los demás para no tener que quedarse apartada.

Una creciente inquietud entraba poco a poco en el corazón de la joven. Se decía que un hombre debe cansarse pronto, apartarse pronto de una mujer siempre doliente, siempre enferma, siempre impedida. Y alzando los ojos miraba con sus ardientes pupilas a Mauricio, que a menudo contemplaba a Marta Guillaume.

Aquella tarde hacía un tiempo horrible.

Soplaba el *sirocco*, trayendo por encima del Mediterráneo el calor del desierto africano. Los agitados árboles esparcían sus hojas; olas blancas corrían por el mar; un polvo gris formaba remolinos y se abatía por todas partes, penetrando por debajo de las puertas mal cerradas. Y el cielo estaba sucio, sin brillo, tristón.

Por los vanos del salón, a través de las cortinas, veíanse los olivos temblando al viento, y el cabo Martín asaltado por las olas.

—¿Se refiere usted a la finca de sir Hambury? ¿«La Mortola», que Juan Lorrain describe maravillosamente en *El crimen de los ricos*? El otro día la visité con Susana —dijo el señor Chanay con la espalda vuelta a la chimenea.

—¿Conocen ustedes «La Mortola»? —preguntó Mauricio a sus oyentes.

—No.

—Es preciso conocerla; está cerca de aquí, al otro lado de la frontera italiana.

Y volviéndose hacia el otro grupo, añadió:

—¿Quiéren ustedes que vayamos un día a visitarla?

—Amigo mío —dijo el abogado—, mi esposa y yo hemos hecho ya esta excursión. Pero puede ir con la gente joven, y se divertirá mucho más que con los viejos.

Mauricio protestó con gestos y frases convencionales, e inclinándose ante Marta Guillaume, le dijo:

—Y usted, señora, ¿conoce «La Mortola»?

Ella vaciló al contestar, temiendo ser inoportuna entre los novios y la amiga íntima, pero acabó por decir:

—No. No he pasado jamás la frontera.

—Entonces venga usted, tendremos mucho gusto en ello —insistió el doctor.

Ella aceptó la invitación. Convinieron en encargar un coche para la primera tarde que hiciese sol.

Odette sintióse molestada de que hubiese pensado en la linda viuda. Evidentemente había propuesto la excursión a todo el mundo. Marta Guillaume se encontraba presente; se llevaba a Clara; parecía, pues, bien difícil no llevarse también a Marta. Sin embargo, la joven experimentaba una ligera decepción, un extraño malestar, un comienzo de desconfianza. Era encantadora aquella viudita. Y Mauricio, desde hacía unas semanas, parecía buscar las ocasiones de encontrarla.

¡Bah! ¡También había dirigido piropos a la linda *mentonesa*!... ¡Ah! Los hombres, a veces, despliegan más coquetería que las mismas mujeres. Seguramente lograría con el tiempo quitarle esa desagradable costumbre de coquetear de aquel modo sin motivo serio, por el solo gusto de agradar, probablemente.

Fué preciso esperar casi una semana la vuelta del sol en el cielo, nuevamente azul. Después del viento vino la lluvia. Las nubes seguían cubriendo el horizonte. Caían tres o cuatro chubascos al día.

Por fin pudieron citarse en casa de Angerolle con Marta Guillaume y Mauricio.

Odette, por una superstición de enamorada, se puso el mismo vestido que la mañana de su primera entrevista.

Sabía que aquella *toilette* le sentaba bien; quería añadir a su elegancia otra cosa más: el poderoso encanto del recuerdo; conmovió a su novio con el coquetón vestido de lana *beige*, que le recordaba los instantes inolvidables y deliciosos de la entrevista en el bosque de Bolonia. Creía que de aquel modo atraería la atención de Mauricio, apartando sus ojos y su pensamiento de Marta Guillaume. ¡Pobre Odette! Se imaginaba que su novio era como ella, de naturaleza tan elevada, con igual ternura y delicadeza.

Se arregló delante del espejo, y cuando hubo terminado se dió cuenta de que no le sentaba todo aquello tan bien como la otra vez en París. ¿Por qué?

Vió sus mejillas pintadas; se puso la mano en la cintura... ¡Qué ancho aquel cinturón del vestido para su cuerpo adelgazado!

Se puso un velito, ocultando bajo la sombra ligera del tul las huellas de la enfermedad. Se puso los suaves guantes de gamuza. Encontró algo de su antigua silueta.

—¿Odette, estás lista? Te están esperando —gritó su madre.

La joven bajó la escalera. Hubiese querido ir de prisa; pero debía andar poco a poco porque la respiración le faltaba y no quería llegar jadeante delante de Mauricio.

El esperaba en el jardín, con Clara y Marta. Había traído flores: rosas blancas, para las muchachas; rosas rojas, para la viudita.

El coche subió la cuesta al paso tranquilo de los dos caballos, entre villas y jardincitos. Enredaderas de geranios caían blandamente por encima de muros y terrazas. En el puente de la frontera los aduaneros y los *besaglieri* estaban unos frente a otros. El sombrero con plumas verdes de los italianos les daba aire de guerreros de opereta. Pararon y bajaron del coche para enviar tarjetas postales.

Es la diversión de los invernantes de Menton y de los excursionistas este envío de tarjetas postales. Se las compran a la anciana que tiene su muestrario al pie del poste de la frontera. Se llenan sobre el parapeto del puente y se franquean con un sello italiano. Los parientes y amigos que las reciben, y que no están al corriente de la topografía del lugar, pueden creer que uno está muy lejos, en el extranjero. Y ello es lisonjeador para las vanidades pueriles, que son más numerosas de lo que se cree generalmente.

El coche siguió su camino hacia Hostala. Clara y Mauricio hablaban a propósito de la finca, de las bellas descripciones de los países de la *Riviera* hechas por Lorrain.

—¡Qué admirable poeta! —exclamó Mauricio.

Y Clara, que había leído mucho, observó:

—Era preciso haber nacido en el Oeste, ser hijo de la Normandía lluviosa y triste para sentir y expresar todo el encanto de la Costa Azul. ¡Qué bien ha cantado los promontorios virgilianos que desde San Rafael a San Remo prolongan en «el mar frotado de ajo» sus costas plateadas de olivos y perfumadas de romero!...

Marta, oliendo su ramillete de rosas, no decía una palabra. Odette, alargando las piernas, iba deslizándose y apoyándose en los almohadones. Tenía la espalda dolorida. Estaba fatigada. Abandonábase al sol.

Abrió la sombrilla para resguardarse de aquel torrente de luz que caía sobre el coche. Y se puso a soñar, aislada bajo la ligera cúpula de seda. Sostenía trabajosamente el mango de madera barnizada.

Los caballos hicieron alto ante la gran puerta blasonada. Los cuatro saltaron a tierra, bajando por las calles y senderos de aquel parque maravilloso, creado por la voluntad de un hombre de gusto.

Todos los árboles, todas las plantas del Mediodía y Oriente se suceden en bosques, frondas, jardines y macizos de flores.

Odette marchaba junto a Mauricio, el cual se volvía a cada instante para hablar con Clara o con la señora Guillaume. A veces lanzaba a la linda viuda una de esas galanterías corrientes que los hombres dirigen en sociedad a las mujeres que les gustan. Y al propio tiempo apretaba el brazo de Odette contra su pecho, como para hacerse perdonar y decirle: «Es a ti a quien quiero».

Ella observaba hasta las cosas más mínimas: «¡Mauricio la dejaba!» Se inclinaba el joven hacia un macizo de flores, hacia un cartelón de cinc y se acercaba a Marta.

Bajaron hasta la orilla del mar. Después fué preciso subir el anfiteatro de los maravillosos jardines. Mauricio había cogido de nuevo el brazo de Odette al verla que se apoyaba, con trabajo, en el mango de la sombrilla.

La joven sentía faltarle la respiración. Empezó a toser. Tuvo que pararse. Sufrió, encorvada por el esfuerzo. Con una mano agarraba el mango ligero de madera barnizada y con la otra apretábase el pañuelo contra la boca.

Mauricio miraba aterrado a su prometida.

—Siéntate.

(Continuará en el número próximo.)

CONCURSOS

Este concurso consiste en relatar un bueno y un mal recuerdo (lo pasado) de vuestra vida. En declarar cuáles son vuestras preferencias y antipatías (lo presente). Y en describir un deseo y un temor (lo futuro).

Las respuestas deben venir escritas a máquina o con letra muy clara, por un solo lado del papel y firmadas con un nombre o seudónimo. En este último caso, sería conveniente, pero no lo exigimos, conocer el nombre y señas de la autora, por si resultase premiada.

Nuestro segundo concurso consiste en que las lectoras expliquen, definan o aclaren, el concepto de la palabra flirteo.

Publicaremos todas las respuestas ingeniosas que recibamos, y, para las mejores, concederemos importantes premios.

Para más detalles de estos concursos, véanse los números 1 y 2 de MUJER.

LO PASADO :-: LO PRESENTE :-: LO FUTURO

1. Un buen recuerdo: El día en que tuvo que aterrizar por la niebla. Era alto, moreno, de ojos muy pillos; me gustó, le gusté y nos gustamos.

Un mal recuerdo: El día en que le vi elevarse en el «Breguet».

2. Mis preferencias: Volar y los aviadores.

Mis antipatías: Cuando lo veo pasar volando y no puede aterrizar.

3. Un deseo: Volverle a ver.

Un temor: Que llegue a volar demasiado y que no lo publiquen.

MELELE.

1. Un buen recuerdo: No tengo ninguno.

Un mal recuerdo: Todos los de mi vida; pero el mayor, aquel en que habiendo puesto toda la ternura de mi alma en un hombre, me juró amor siempre, para luego olvidarme sin motivo.

2. Mis preferencias: Son para todas las personas de sentimientos nobles y que aman grandemente.

Mis antipatías: Para todos los «pollos» que presumen de tenorios y juegan cruelmente con el corazón de las mujeres.

3. Un deseo: Encontrar un hombre que pensase como yo, y formar con él un hogar que, aunque fuese muy humilde, no faltase en él la alegría y el cariño.

Un temor: Que lo anterior no llegue a realizarse nunca, y tener que ocultar mis ideales por temor a las burlas de todos.

M.
Madrid.

1. Un buen recuerdo: ¡Qué mejor recuerdo para mí que el día que se me declaró en un baile cuando tocaban un vals! Desde entonces prefiero los vals a todos los demás bailes.

Un mal recuerdo: Cuando se fué a Africa y lo hirieron.

2. Mis preferencias: Ser enfermera, jugar al tennis, ir en bote y remar.

Mis antipatías: Las postales anónimas; ¡porque las hay que son verdaderamente gafes!

3. Un deseo: Que vuelva pronto.

Un temor: Que me vaya a olvidar.

LLAMAS DE ALCOHOL.

1. Un mal recuerdo: El día que se enteraron en mi casa de mi noviazgo con él.

Un buen recuerdo: La primer entrevista que tuvimos después del suceso anteriormente citado: nuevos juramentos, nuevas ardientes promesas..., etc..., etc...

2. Mis preferencias: Me gusta todo... lo bueno, la luz, la música, la poesía, la alegría sobre todo, y casi tanto como la alegría, los bombones, y más que todo lo dicho hasta ahora me satisfacen sus cartas. ¡Es un consuelo tan grande para los seres que se aman y tienen la desgracia de hallarse separados!

Mis antipatías: Sobre todo, lo que más rabia me da son esos bichitos que prefieren llamarse pollitos «bien» a llamarse simplemente hombres. ¡Y que no son pocos los que abundan! También detesto a la mujer moderna, porque muchas veces su modernismo raya en ridiculez.

3. Un deseo: Deseo seguir siendo tan feliz como hasta ahora y que llegue a realizarse mi sueño dorado.

Un temor: Que pase muy pronto mi juventud y que se desvanescan mis ilusiones.

UNA CHIQUILLA DE QUINCE AÑOS.

1. Un buen recuerdo: El primer día que conducí mi Citroen.

Un mal recuerdo: Cuando a los pocos días atropellé a un pollo «litri».

2. Mis preferencias: Los hombres modernos, el cine y los paseos solitarios.

Mis antipatías: Los hombres viejos que se pintan el bigote y presumen de conquistadores.

3. Un deseo: Que la novela que estoy escribiendo alcance un éxito.

Un temor: Que no lo vea realizado y que se vuelva a estilar el moño.

LIRIO DORADO.

1. Un buen recuerdo: Haber nacido en tierra cristiana.

Un mal recuerdo: Al darme cuenta de que la peor desgracia es ser una mujer fea.

2. Antipatías: A todo lo feo y malo, y, sobre todo, a la hipocresía y a la avaricia.

3. Un temor: Al fuego. Tengo un miedo horroroso al incendio, y por eso le pido a Dios me libre del fuego eterno, y me lleve a descansar con El.

NITA.

1. Toda vestida de blanco a un baile me presenté; estaba yo muy contenta de la preferida ser. Se me declaró un muchacho que lo calabacé, y de aquel baile un recuerdo muy grato conservaré.

Iba un día muy de prisa para a casa regresar, y al pasar frente a una iglesia fué mi cuerpo a resbalar con cáscaras de naranja y mis narices a dar con las piedras de la acera hasta en ellas incrustar. Se me acerca un caballero, con mucha amabilidad me dice: «¿Se ha hecho usted daño?» Y yo, por disimular, aunque muerta de vergüenza, supe una salida hallar: «No, señor; es que acostumbro estas losas a besar.»

2. Prefiero el «cine», el paseo, los bailes y las amigas; los muchachos elegantes y el traguillo en las comidas.

Detesto la «gente bien» que del prójimo habla mal; detesto los nuevos ricos que ostentan su capital. Los niños afeminados me ponen de mal humor, y a esos que dicen: «¡chiquilla!, te digo que estás jamón», yo les daría morcilla o estricnina, que es peor.

3. Desearía casarme con un príncipe de cuento, de esos que van a la guerra con armadura de acero y regresan con laureles por las hazañas que han hecho.

Mi temor es que ese príncipe no exista en la realidad, y entonces, por mi desgracia, me tendré que conformar con uno de esos señores que en medio de la ciudad barren..., barren, y no cesan hasta las calles limpiar.

A. E.
Dueñas (Palencia).

¿QUÉ ES FLIRTEO?

Si en algo vale mi humilde opinión, creo que lo que debía hacer toda mujer sensata es huir de una cosa que no produce ningún beneficio y que acarrea serios perjuicios.

NITA.

Flirteo es un dulce encanto que sentimos toda mujer cuando nos miran los hombres y empezamos a timarnos.

LIRIO DORADO.

El plazo de admisión de estos concursos quedará cerrado el día 12 del mes corriente. En nuestro próximo número daremos las bases de un

NUEVO CONCURSO



LOS CUIDADOS DEL CABELLO (II Y ÚLTIMO).

Tinturas a base de nitrato de plata y sulfuro:

- 1.º Nitrato de plata cristalizado..... 25 gramos.
 Agua destilada..... 210 cm³.

Se filtra y se conserva a la luz en un frasco de cristal azul.

- 2.º Sulfuro de potasio..... 30 gramos.
 Agua destilada caliente..... 210 cm³.

Se disuelve en agua caliente y se guarda en un frasco de cristal azul.

Modo de empleo: Se extiende el N.º 2.º (sulfuro) sobre el cabello, previamente lavado, y cuando está seco se pasa, utilizando un cepillito suave, la solución N.º 1.º (plata). Se logra así un color moreno. Para obtener un tono negro oscuro o negro azulado se ponen 30 gramos de nitrato de plata en lugar de 25.

Se puede añadir sulfato de cobre al nitrato de plata, y se logran así preparados análogos al «Agua de rocas».

Tinturas a base de bismuto:

- 1.º Citrato de bismuto..... 50 gramos.
 Agua destilada de rosas..... 200 —
 — — sencilla..... 50 —
 Alcohol a 90º..... 100 —
 Amoníaco puro, para disolver.

Se diluye el citrato con los tres primeros líquidos y se añade la cantidad suficiente de amoníaco para disolver.

- 2.º Hiposulfito de sosa..... 60 gramos.
 Agua destilada..... 200 —

Modo de empleo: Por la noche se fricciona el cabello, previamente limpiado, con la composición N.º 1.º, y por la noche se pone la N.º 2.º

Esta fórmula es poco tóxica y permite lograr hermosos matices de castaño.

Tinturas a base de manganesio:

- Permanganato de sosa..... 50 gramos.
 Agua destilada hervida..... 1000 —

Se disuelve el permanganato en el agua destilada; no se filtra. (Fórmula análoga a la tintura inglesa de *Cardy* o *Baffine*.) Este preparado no es tóxico, pero hace el pelo quebradizo.

Tinturas a base de un derivado orgánico:

Las tinturas a base de *parafenilenediamina* o de *diamidofenol*, que forman parte de esta clase, deben evitarse. Quedan las tinturas a base de *kohol*, de *ácido pirogálico* y de *ácido gálico*.

Tinturas a base de ácido pirogálico:

- Acido pirogálico puro..... 25 gramos.
 Esencia de verbena de Francia..... 10 gotas.
 — destilada de rosas..... 1000 gramos.

Tinturas a base de ácido gálico puro:

- Acido gálico puro..... 10 gramos.
 Terpeneol o lilas (sintético)..... 1
 Extracto de lila blanca..... 11 —
 Agua destilada..... 1000 —

Estas tinturas colorean el cabello limpio en pocos días por simple exposición al aire. No son del todo inofensivas.

Tinturas chinas a base del kohol:

- Tinta China..... 50 gramos.
 Goma arábiga..... 30 —
 Agua destilada de rosas para un litro.

Esta tintura, bastante difícil de preparar, es inofensiva. Pero se utiliza solamente en el teatro, pues no es permanente.

Tinturas mixtas a base de derivados orgánicos y de sales minerales:

Aquí reaparece la *parafenilenediamina*. Repetimos que es peligrosa, y contentémonos con indicar algunas fórmulas más manejables.

Tinturas mixtas a base de plata y de ácido pirogálico:

- 1.º Frasco azul:
 Nitrato de plata cristalizado..... 20 gramos.
 Agua destilada..... 180 —
 Amoníaco líquido, aproximadamente.. 50 —

Se disuelve el nitrato de plata en el agua, se añade un poco de amoníaco. Vuelve a disolverse esto íntegramente, echando amoníaco gota a gota y agitando continuamente.

2.º Frasco blanco o amarillo:

- Acido pirogálico puro..... 0,50 a 10 gramos.
 Agua destilada de rosas..... 190 —
 Alcohol a 90º..... 50 —

Modo de empleo: Se da primero en el cabello, previamente limpiado, la solución N.º 2.º (ácido pirogálico); se deja secar. Luego se pasa la solución N.º 1.º (plata) con un cepillo suave.

Variando la dosis de la solución N.º 2.º se consiguen todos los matices, desde el castaño claro hasta el negro.

También existen tinturas mixtas a base de plata, de cobre, de ácido pirogálico. Todos estos preparados son inofensivos, con tal de que no se rebase la dosis de 5 gramos por 100 de ácido pirogálico.

Tinturas mixtas a base de hierro, llamadas «karsi» o tinturas orientales:

- Nuez de agalla..... 200 gramos.
 Limaduras de hierro..... 5 —
 — de cobre..... 0,20 —
 Almizcle del Tonkín..... 9,25 —

Se tuestan nueces de agalla, y cuando tienen un color castaño chocolate se pulverizan y se mezclan con polvos metálicos. Se conserva esto en la cueva.

En el momento de utilizar la tintura se diluye este polvo en agua de rosas, lográndose así una pasta blanda, con la que se embadurnan los cabellos, que toman un color castaño oscuro.

Tinturas de origen vegetal:

Las tinturas de origen vegetal son inofensivas. Desgraciadamente su empleo es difícil, y con frecuencia dan matices dudosos; no convienen a las morenas, porque no dan tonos de negro francos.

La nuez de agalla y su componente el tannino, el henné y la drupa de nuez son las bases vegetales más comúnmente empleadas.

La decocción de manzanilla alemana o suiza aclara el cabello rubio.

Tintura vegetal a base de tannino:

- Nuez de agalla pulverizada..... 50 gramos.
 Agua destilada de rosas..... 50 —
 Alcohol a 90º..... 20 —
 Agua destilada sencilla..... 50 —

Se puede sustituir la nuez con henné o combinar ambos.

Modo de empleo: Se dan las tinturas en el cabello limpio. La coloración es progresiva. Para activarla se lava con una solución de 10 gramos de amoníaco por litro de agua. Se deja secar el pelo y se hace una segunda aplicación de tintura.

Pero el henné se aplica generalmente en forma de cataplasmas, que se preparan mezclando polvos de henné con agua. Esta cataplasma da al pelo un matiz rojizo. Para corregir este color se reemplaza la pasta de henné con una pasta de añil o por un espolvoreo de polvos de añil. Luego se somete el cabello a la acción del vapor de agua. Se produce una combinación entre los dos productos; el arte del operador consiste en dirigir y detener la operación, cuando se ha logrado el matiz deseado: negro, castaño, rubio o rojo. Algunos peluqueros utilizan solamente la primera aplicación y matizan la tintura según la duración de la operación.

Doctor CLEMENT SIMÓN.

Antiguo interno de los Hospitales de París. (Extractado de la obra *La Salud en el Hogar*, por el Profesor Labbé.)
(DOIN, editor.)

CONSEJOS PRACTICOS

Para devolver al marfil su blancura primitiva.—Cuando el marfil se vuelve amarillento, basta con dejarlo unos minutos en agua oxigenada para que recobre una blancura perfecta.

Conservación del calzado de color.—El calzado de color puede conservarse como nuevo mucho tiempo; pero exige cuidados especiales.

No debe uno ponérselo nunca, sin frotarle previamente con una crema de buena marca. Muchas cremas, de color caoba o marrón, alteran el tono del cuero; lo mejor es utilizar siempre crema blanca.

De vez en cuando debe restregarse el calzado —insistiendo en los sitios deteriorados y en las manchas— con un poco de algodón en rama mojado en leche fría; luego se deja secar el calzado sobre la horma o relleno con papeles; y, cuando está seco, se le pone una ligera capa de crema blanca.

Dos o tres minutos después, se frota vigorosamente con un trapo de lana o de terciopelo.

Limpieza de los cepillos.—Los cepillos de la cabeza se limpian sencillamente sumergiéndoles un instante en agua caliente con un poco de amoníaco. Los cepillos de la ropa deben restregarse vigorosamente con salvado o arena.

La piel grasa.—Para remediar este defecto, es excelente la siguiente loción, que debe usarse con frecuencia:

Una infusión de clavos de especia, un poco de salvia y de serpol, un limón, 2 gramos de tintura de benjuí, el zumo de una naranja y un poco de raíz de iris, en una botella de vino blanco.

Contra la pata de gallo.—Darse en las sienes masajes suaves con la siguiente composición:

| | |
|-------------------------|-----------|
| Aguarrás..... | 4 gramos. |
| Mantequilla fresca..... | 3 — |
| Masilla..... | 1 — |

Para el brillo de los ojos.—Lavarse todas las mañanas con el siguiente preparado, en caliente:

| | |
|--------------------|------------|
| Agua de rosas..... | 25 gramos. |
| — de azahar..... | 25 — |

La nariz brillante.—Para evitar que la nariz brille, debe hacerse una pasta de harina de avena, bicarbonato de sosa y agua caliente, por partes iguales, y dársela por la noche al acostarse. Por la mañana se lava con agua tibia.

PASATIEMPOS

LISTA DE PREMIOS

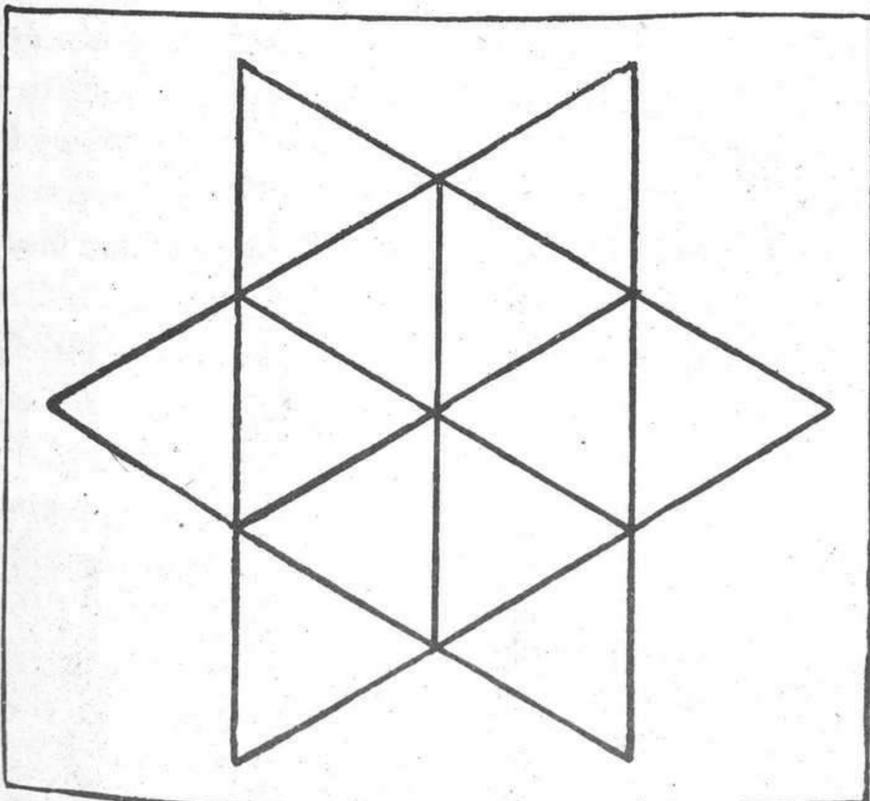
PARA LA PRIMERA SERIE DE PASATIEMPOS

- 1.º 40 pesetas en libros.
- 2.º 30 pesetas en libros.
- 3.º 20 pesetas en libros.

Esta primera serie comprende los trabajos publicados en los números 3 al 14, ambos inclusive. El plazo de admisión de soluciones para esta primera serie terminará el 2 de febrero próximo.

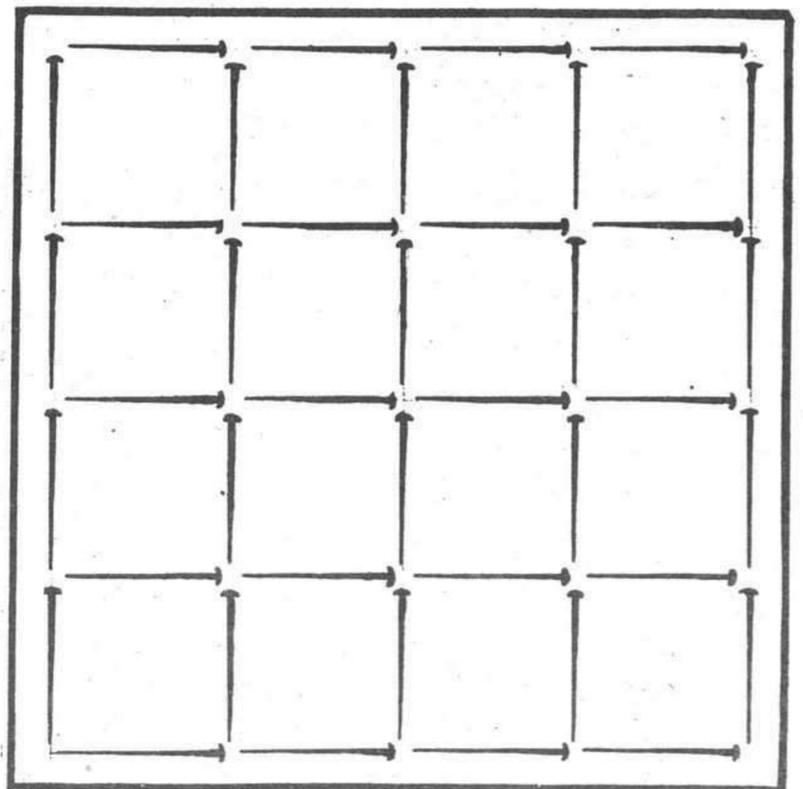
SEGUNDA SERIE

3. LA ESTRELLA PROBLEMA

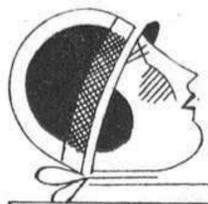


He aquí una estrella de seis puntas, construida con triángulos equiláteros. La solución consiste en averiguar cuántos triángulos hay contenidos en esta estrella.

4. LOS ALFILERES PROBLEMA



Tenemos un cuadrilátero que contiene 16 cuadrados, contruidos éstos por 40 alfileres. ¿Qué número de estos alfileres hay que quitar para que estos 16 cuadrados se conviertan en 7 rectángulos?



IMPORTANTES MEJORAS EN NUESTRA REVISTA

El favor creciente de las mujeres españolas a nuestra Revista, que muchas califican ya de predilecta, nos obliga a corresponder sin cesar a su cariño. Para mejorar hasta el límite posible la parte de la Moda, tan esencial en toda revista principalmente destinada a la mujer, rogamos a la ilustre Directora de la Moda en MUJER (que lo es también, como nuestras lectoras saben, de la primera revista de modas del mundo, o sea *Femina*, de París, Madame Martine Rénier) que tuviese la bondad de venir a Madrid para organizar, de acuerdo con ella, las mejoras que deseábamos introducir.

A Madame Martine Rénier (seudónimo acreditado en literatura por una gran dama de la alta sociedad francesa) se le puede sin temor calificar, más aún que por su alta posición social y profesional por sus incomparables cualidades, de la primera autoridad en París en asuntos de Moda. Y decir de París es decir del mundo, porque el mundo entero recibe de París las leyes más sumisamente acatadas de cuantas los humanos han dictado: las de la Moda femenina.

Madame Martine Rénier, haciendo un esfuerzo inapreciable en quien como ella está cada día solicitada por cada fiesta, cada solemnidad mundana, cada exposición de modelos de cada gran modista, sin contar lo abrumador de cargo tan difícil como el de Directora de *Femina* (y ahora también de la Moda en MUJER), tuvo la bondad de acceder a nuestra súplica y ha venido a Madrid exclusivamente para el indicado objeto.

Los frutos de su visita irán manifestándose sucesivamente en estas páginas. Con la insuperable maestría y con la preciosa experiencia de la ilustre escritora hemos contrastado lo que las cartas de nuestras lectoras nos han ido enseñando acerca de los gustos y necesidades peculiares en España. Y no dudamos que el resultado satisfará plenamente a las que con su favor hacen posibles todos los esfuerzos después de merecerlos por su favor.

Por de pronto podemos anunciar como inmediatas (además de otras que tenemos en preparación) las mejoras siguientes:

1.ª Aumento muy considerable del número y variedad de figurines, dando preferencia a los más sencillos y prácticos, aunque siempre dentro del tono de suprema elegancia que caracteriza a nuestra Revista, y siendo, por supuesto, todos ellos modelos de primeras firmas de París.

2.ª Sección de CORTE, con indicaciones para aprender a cortar y con patrones, etc.

3.ª Una sección muy interesante sobre el embellecimiento económico y sencillo del hogar.

4.ª Otra sobre ropa blanca elegante y moderna.

5.ª Otra sobre la ropa de los niños y la forma de hacerla en casa.

6.ª Una importante sección de LABORES que, como el resto de nuestra Revista, se destacará por su buen gusto exquisito y utilidad.

Aprovechamos la oportunidad para anunciar la muy próxima realización de otras dos mejoras de gran interés:

7.ª Una sección de PUERICULTURA: Cuidados prenatales. Cuidados al nacimiento del niño. La alimentación del niño en los primeros días. Lactancia materna. Lactancia mixta y a biberón. Desarrollo del niño y crecimiento. Vigilancia de la madre. La «nurse», el aya y la niñera. Higiene general del niño. Modo de evitar las enfermedades transmisibles. Primeros cuidados al niño enfermo, etc., etc., así como otros temas de índole social, tales como Mortalidad infantil. Medios de evitarla. La elección de nodriza. La lactancia materna. Cuáles pueden criar y cuáles no. Preparación para la lucha contra la mortalidad. Fundación de obras sociales. Subsidio de maternidad y lactancia. Protección al niño abandonado, etcétera, etc.

Esta sección estará redactada por el ilustre médico de la Inclusa de Madrid e Inspector de la Institución Municipal de Puericultura, Dr. D. J. A. Alonso Muñozerro, bien conocido como uno de los más reputados especialistas de Madrid.

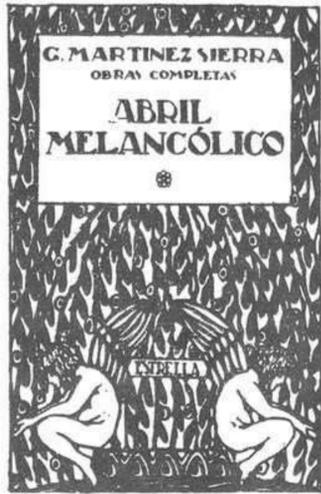
8.ª Una sección de Cocina, en forma muy original y práctica, que seguramente ha de agradar sobremanera a nuestras lectoras y de serles de suma utilidad.

UN RUEGO IMPORTANTE.—*Ahora como siempre suplicamos a nuestras lectoras que nos ayuden con sus preciosos consejos, con sus insustituibles advertencias; que nos digan siempre cuáles partes de nuestra Revista les agradan más y menos, y qué otras cosas, además de las que damos y anunciamos, les gustaría ver en ella. La opinión de nuestras lectoras es nuestra única norma, y satisfacerla, cada día más, nuestro único deseo.*

OBRAS COMPLETAS

DE

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA



NOVELA Y TEATRO

Pesetas.

Pesetas.

- | | | | |
|--|-----|--|------|
| * 1.—El poema del trabajo, Diálogos fantásticos, Flores de escarcha. Prosa lírica..... | 5,— | 17.—Canción de cuna, Primavera en otoño, Lirio entre espinas..... | 4,50 |
| 2.—Sol de la tarde (Novelas)..... | 5,— | * 18.—Mamá, Madrigal, El pobrecito Juan..... | 4,50 |
| 3.—La humilde verdad (Novela)..... | 5,— | 19.—Amanecer, Las golondrinas, El ideal..... | 4,50 |
| * 4.—Motivos (Crítica lírica)..... | 5,— | * 20.—Esperanza nuestra, Sueño de una noche de Agosto, Rosina es frágil..... | 4,50 |
| * 5.—Tú eres la paz (Novela)..... | 5,— | 21.—Teatro de ensueño. Jardín de Santiago. Rusiñol. Melancólica sinfonía de Rubén Darío. Ilustraciones líricas de Juan R. Jiménez..... | 5,— |
| * 6.—La feria de Neuilly. Ilustraciones de Barradas..... | 5,— | 22.—El peregrino ilusionado (Viaje sentimental.) Ilustraciones de Laura Albéniz..... | 5,— |
| * 7.—Aldea ilusoria. Ilustraciones de Laura Albéniz..... | 5,— | 23.—La vida inquieta (Glosario espiritual)..... | 5,— |
| * 8.—La casa de la primavera. Poesías. Prólogo de Rubén Darío, Juan R. Jiménez, Antonio Machado, Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa y E. Díez Canelo..... | 5,— | 24.—El Reino de Dios, La adúltera penitente, Navidad..... | 4,50 |
| 9.—Abril melancólico (Novelas)..... | 5,— | 25.—Vida y dulzura, La sombra del padre, Hechizo de amor..... | 4,50 |
| 10.—El diablo se ríe (Novelas)..... | 5,— | 26.—Don Juan de España (Tragicomedia)..... | 5,— |
| * 11.—La selva muda (Novelas)..... | 5,— | 27.—Corazón ciego..... | 4,50 |
| * 12.—Granada (Guía emocional)..... | 5,— | * 28.—Mujer..... | 4,— |
| * 13.—Cartas a la mujer de España..... | 5,— | | |
| * 14.—Feminismo, Feminidad, Españolismo..... | 5,— | | |
| * 15.—La mujer moderna..... | 5,— | | |
| * 16.—Kodak romántico..... | 5,— | | |

(Se marcan con asterisco aquellos libros que pueden dejarse en todas las manos.)

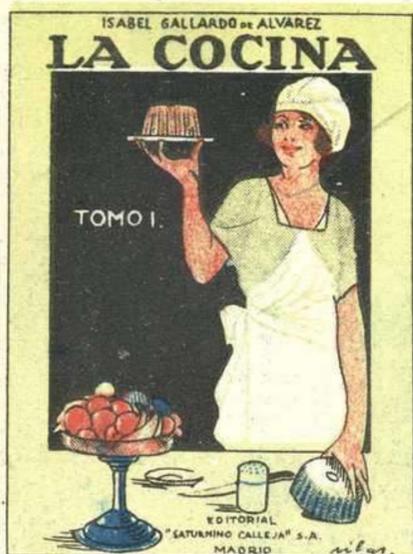


DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID

LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS
175 grabados
6 láminas,

200 Sopas, consommés
y cocidos.
100 Guisos de huevos.
409 Pescados.
448 Carnes.
Infinidad de fórmulas
para tés, meriendas,
etcétera.

3.000

recetas

Definitivamente incorporadas
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS
PARA TODAS LAS BOLSAS
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS
PARA HOGARES MODESTOS
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS
PARA ESCUETOS YANTARES

PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO

Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días
... y mejorará su mesa
... y reducirá su presupuesto.

Tan seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

18 pesetas en rústica con
cubierta en colores.

En tela, sólida encuadernación, pesetas

21



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE CONDICIONES

A LA

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID